14

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR



14
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 413 54 94 y 413 55 43.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Portada e ilustraciones:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

Depósito legal: M. 26.276-1981.
ISBN: 84-85609-86-7.

Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO

Emisión de madrugada





Emisión de madrugada

Pedro Montero

Se hallaba en la cúspide de la fama. Su programa radiofónico sembraba el miedo y la inquietud en miles de hogares. Tenía, por tanto, que esforzarse en acrecentar diariamente el interés y la admiración de su audiencia. Un día la casualidad *hizo que desvelara un terrible conjuro...*



CREE usted que existen fórmulas precisas para convocar a los muertos? ¿Sonríe ante la idea de que pueda haber conjuros infalibles para provocar la aparición de fantasmas? Escuche atentamente, si se atreve, lo que voy a decir. Todo es cuestión de fe. La fe mueve montañas, la confianza es la más poderosa de las virtudes, la palabra el don más preciado...

... Vamos a dejar de lado a los fantasmas. Su sola mención, en un país que carece de tradición a este respecto, provoca la sonrisa irónica. Rápidamente imaginamos una sábana flotante que se desplaza dando tumbos, al extremo de la cual pende una herrumbrosa cadena...

... Esta noche vamos con los muertos...»

A una seña del locutor, su compañero del control accionó un mando. Una ráfaga musical escapó a través de las ondas. Aprovechando la pausa, el locutor encendió un cigarrillo y echó una rápida ojeada al esbozo de guión que había pergeñado aquella misma mañana. No se encontraba especialmente inspirado y hubiera preferido dedicar el programa a otra cosa más socorrida. La música y el terror, por ejemplo.

Nada más sencillo que seleccionar algunos discos y emitirlos acompañados de un comentario de circunstancias. Pero a última hora las cosas se habían complicado. El programa había entrado en antena diez minutos antes de lo previsto, hecho realmente insólito, y no había tenido tiempo de cambiar impresiones con el seleccionador musical. Tan sólo una breve conversación con el encargado del control.

«Me encuentro en el cementerio —mintió—. Estoy ante la tumba de un ser muy querido. Son cerca de las doce de la noche y tengo miedo. Esta parte del programa es una grabación efectuada anoche en un pequeño magnetófono portátil. Quería saber qué se siente escalando subrepticiamente las tapias de un camposanto y sentándose a meditar bajo la luz de la luna en medio de un bosque de cruces de mármol... Las impresiones que voy a registrar a continuación quizá no resulten demasiado coherentes, porque estoy asustado, pero, por eso mismo, serán más auténticas...

... Bajo esta lápida yace el cadáver de una persona por la que sentí gran afecto. La recuerdo ahora tal y como era en vida, y se me saltan las lágrimas. No me atrevo a imaginar el estado en que se encuentra ahora... Es posible que, a pesar de todo, la muerte haya respetado más o menos su aspecto. Se dan casos de cadáveres que, al cabo de varios años de haber sido enterrados, no presentan apenas signos de corrupción. Exteriormente, al menos...

... Ignoro cuál es la causa, pero quizá se deba a determinadas circunstancias ambientales, al grado de humedad justo, a haber llevado determinado género de vida, a... Pero esta posibilidad es preferible no mencionarla. El caso es que, cuando esta persona falleció, hubiera dado cualquier cosa por poseer el poder de hacerla volver a la vida. Ahora yace silenciosa y rígida bajo esta pesada lápida. Quizá sus ojos están abiertos, sus labios separados, sus dedos crispados. Quizás está esperando una palabra, una fórmula, un conjuro...»

Una nueva ráfaga musical le permitió un respiro. No tenía idea de cómo terminar el asunto, y, para colmo de males, no encontraba la última cuartilla del esbozo de guión. De pronto, se le ocurrió algo realmente brillante y ordenó con un gesto el cese de la música.

«Pues bien, confieso que anoche no me atreví a llevar a cabo el propósito que me condujo al cementerio. Estaba demasiado asustado, y aún continúo estándolo... Ustedes saben que cada noche recibo cientos de llamadas. Unas alentadoras, otras insultantes. Hace varias noches consiguió salir a antena un fragmento de conversación que fue bruscamente interrumpido al advertir que mi interlocutor estaba a punto de revelar ante el micrófono algo estremecedor. No sé de quién se trata. Ignoro si fue una broma telefónica. Todo lo que puedo asegurar es que, desde aquella noche, no puedo dormir tranquilo. Por eso, para compartir con todos ustedes lo que quizá sea un secreto tan terrible que no me atrevo a guardar para mí solo, es por lo que me he decidido finalmente a dar a conocer lo que el misterioso comunicante me anunció...

... Se trata, nada menos, que de una fórmula, un conjuro para resucitar a los muertos.»

El encargado del control le miró a través del cristal que le separaba del locutorio haciendo un gesto de reconvención. Estaba llegando demasiado lejos. Dentro de unos minutos iban a bloquearse las líneas con llamadas de protesta de un sector de los oyentes.

«¿Cuáles son los últimos pensamientos de un moribundo? ¿Cuáles sus últimas palabras?... ¿No recuerda usted la imagen de alguien, un amigo, un pariente, aproximando su oído a los labios de un ser querido que está a punto de exhalar el último suspiro? Pues bien, ese es el secreto. Se dice que, en ciertas circunstancias, en determinadas fechas, en los aniversarios de un óbito, basta con pronunciar determinadas palabras con intencionalidad para que se produzca la resurrección de esa persona... Una resu-

rrección provisional, naturalmente, o quizá más prolongada si se tiene la suficiente fe. ¿Qué palabras son esas?... Sencillamente las últimas palabras que salieron de la boca de quien, poco después, exhaló su último suspiro...

... ¿Recuerda? ¿Recuerda aquel vocablo torpemente pronunciado entre estertores agónicos? ¿Aquella frase inacabada? ¿Aquella balbuciente exclamación de terror?... Pronúnciela... ¡Pronúnciela!... ¡PRONUNCIELA!».

Una definitiva ráfaga musical cubrió las últimas palabras del locutor, cuya frente aparecía bañada de sudor. El encargado del control penetró en el locutorio como una tromba.

—¿Estás loco? —exclamó—. Nos van a acribillar.

El locutor se hallaba realmente pesaroso de haber llevado las cosas tan lejos, pero, una vez metido en faena, le era imposible controlar su inspiración.

—¿No querían terror? —repuso dispuesto a no ceder—. Pues ahí lo tienen.

—¿Pero esa majadería de las palabras?...

—Pura inventiva —añadió indicando su sien derecha con el dedo índice—. Pura inventiva...

* * *

Mientras conducía hacia su casa se sintió satisfecho del programa realizado. Cabía en lo posible que al día siguiente le reconvinieran por haberse pasado de la raya, pero había demostrado que era un locutor de impacto, un gran improvisador. ¿Acaso no le habían pedido un espacio que fuera capaz de convocar una gran audiencia? Todo lo excepcional se presta a polémica, y a él no le disgustaría verse controvertido en las páginas de los periódicos.

La noche era lluviosa, y el piso resbaladizo. Al detenerse ante un semáforo en fase intermitente, pasó ante él un grupo de personas que regresaban de alguna fiesta nocturna. El último de ellos, considerablemente embriagado, dio una fuerte patada sobre la carrocería al tiempo que gritaba:

—¡Borracho!

Por un momento experimentó el deseo de acelerar bruscamente y atropellar a aquel imbécil. Cuando dejó atrás a los noctámbulos, no pudo por menos de sonreír al recordar su reciente intervención ante el micrófono. No dejaba de resultar cómica la idea de repetir a modo de invocación, caso de haber cedido al impulso de atropellarle, el epíteto que el ebrio caballerete le había dirigido hacía unos instantes.

Cerca ya de las dos de la madrugada, llegó a su domicilio. Se puso el pijama y se dirigió a la cocina con ánimo de prepararse algo de comer. En aquel momento se oyó el timbre del teléfono.

—«Ha cometido una terrible imprudencia» —dijo a modo de presentación el anónimo comunicante.

—¿Quién es? —preguntó el locutor, acostumbrado a recibir mensajes telefónicos de variada índole.

—«¿Cómo ha podido revelarlo a los cuatro vientos?»

—Escuche. No sé de qué modo ha conseguido un número que no figura en la guía —repuso pacientemente—. Si es usted un oyente, le ruego que llame mañana a la emisora, y si desea presentar una queja...

—«Ya es demasiado tarde. Arroje al fuego el execrable libro de Yusuf Almunadem y olvide cuanto ha leído en él».

—Pero...

Un chasquido indicó que se había interrumpido la comunicación.

Regresó a la cocina y trató de olvidar la anónima llamada, pero lo cierto era que, desde que salió de la emisora, algo le decía que la idea que había lanzado a las ondas no era exclusivamente suya. Uno lee cientos de libros, decenas, se corrigió, y es imposible impedir que la materia contenida en tal número de volúmenes se amalgame con las propias intuiciones. Al fin y al cabo, no hay muchas ideas originales. Lo verdaderamente interesante es presentarlas bajo un punto de vista nuevo.

Ahora tenía la impresión de haber leído en alguna

parte lo referente al conjuro y a las últimas palabras de un moribundo, aunque no sabía dónde con exactitud.

«Yusuf Almunadem», musitó mientras recorría con el índice los títulos de su biblioteca. Pero no pudo hallar ninguno cuyo autor respondiera a tal nombre. Por otra parte, todo lo que de execrable había en la casa, perteneciente al género de la lectura, eran unas cuantas revistas pornográficas cuidadosamente guardadas bajo llave.

Hacia el mediodía le llamaron de la emisora para comunicarle que se habían recibido cientos de llamadas procedentes de todo el país. Algunos oyentes protestaban por la exagerada dosis de terror que se habían visto obligados a soportar, pero, curiosamente, ninguno afirmaba haber desconectado el aparato de radio. Otros le felicitaban por la excitante emisión nocturna. Nadie confesaba, no obstante, haberse creído lo del misterioso conjuro, ni menos aún haber intentado la experiencia propuesta. Lo que resultaba evidente era que, aquella misma noche aumentaría considerablemente el número de radioyentes.

Todo el mundo esperaría una continuación en la línea iniciada, pero él iba a sorprender a la audiencia tocando un tema completamente distinto. No convenía soliviantar en exceso a los oyentes ni le interesaba que sus superiores se sintieran obligados a poner cortapisas en su programa. Por otra parte, él sabía que es peligroso llevar las cosas al extremo. Una vez sobrepasado cierto punto, cabía la posibilidad de crear un anticlimax y, en consecuencia, un rechazo por parte de un sector de la audiencia.

Se encerró gran parte de la tarde en casa dedicándose a confeccionar un guión perfectamente estructurado y procurando que nada quedara a la improvisación. El nombre de Yusuf Almunadem interrumpía a veces el curso de sus pensamientos. ¿Existiría el tal libro? ¿Sería realmente execrable? La única forma de

salir de dudas era comenzar por enterarse con exactitud del significado de la palabra execrable. «Digno de execración», leyó. Seguidamente localizó el término execración: «Acción y efecto de execrar». Finalmente —después de prometerse adquirir otro diccionario que no se anduviera con tantos rodeos— leyó: «Condenar y maldecir con autoridad sacerdotal. Aborrecer».

Así pues, se trataba de un libro aborrecible, condenado y maldito por la autoridad sacerdotal. De resultas de lo cual dedujo que debía de encontrarse en el índice de libros prohibidos, si es que semejante índice continuaba existiendo. Esta última posibilidad le pareció sumamente excitante, y se prometió intentar localizarlo en cuanto dispusiera de tiempo libre.

Trató de concentrarse nuevamente en el guión procurando apartar de sí otros pensamientos. Releyó las últimas cuartillas y no se sintió en absoluto contento del resultado. «Execrable», murmuró satisfecho de poder emplear tan rápidamente un término con el que acababa de enriquecer su vocabulario.

Poco después, el timbre del teléfono vino a interrumpir su trabajo. Mascullando una maldición, levantó el auricular.

—¿Quién es? —preguntó.

—«Su indiscreción puede volverse contra usted» —dijo alguien al otro lado del hilo.

—¿Qué quiere?

—«Solamente advertirle».

—¡Déjeme en paz! —exclamó malhumorado.

—«Nunca debió divulgar a los cuatro vientos los secretos encerrados en el libro de Yusuf Almunadem»... —musitó el anónimo comunicante.

—¡Imbécil! Es usted... absolutamente execrable —gritó, al tiempo que colgaba el teléfono. Realmente aquella palabra daba mucho de sí.

* * *

Alrededor de las once y media de la noche se sentó al volante de su coche con intención de dirigirse a la

emisora y depositó en el asiento trasero la gabardina y una carpeta de plástico que guardaba los folios del guión.

Cerca ya de la salida de la urbanización, alguien le hizo señas desde la acera. Se trataba de un individuo andrajoso y de mala catadura que hacía auto-stop. Continuó adelante sin detenerse. El tipo, al comprender que iba a pasar de largo, avanzó hacia la calzada y se situó en la trayectoria del vehículo. El conductor se vio obligado a realizar un brusco viraje para no atropellarle, pero no se detuvo ni siquiera para lanzar una imprecación. Podía haber otros compinches a la espera. Además, los ojos de aquel individuo —tenía que confesarlo— le habían asustado. Había algo en ellos, algo que no se atrevió a analizar, que le produjo escalofríos.

La noche era desapacible, y antes de que cruzara frente al estadio comenzaron a caer las primeras gotas. Cerca ya del cementerio, la lluvia se hizo torrencial. Aflojó la marcha por precaución. La circulación en el sentido contrario era prácticamente inexistente. De pronto, una sombra se interpuso en su camino. El vaivén del limpiaparabrisas apenas era suficiente para despejar el cristal. Quienquiera que fuese debía de estar loco al cruzar la carretera de aquel modo. Hizo sonar repetidas veces el claxon, y, en aquel mismo instante, dos o tres personas más cruzaron también y se situaron en el centro de la calzada interrumpiendo el paso.

La brusquedad del frenazo casi le hizo perder el control del vehículo. Tras la cortina de agua pudo contemplar dificultosamente a los componentes del grupo. ¿Qué pretendían? No tuvo tiempo de formular hipótesis. Dos o tres personas más se aproximaron por los costados del coche, de manera tal, que, cuando quiso advertirlo, varias manos aferraban la portezuela con intención evidente de abrirla. Los que habían interrumpido el paso avanzaron hacia el vehículo, y, comprendiendo que su salvación era cuestión

de segundos, hundió el pie en el acelerador y aferró el volante con fuerza.

Cuando dejó atrás a los asaltantes, redujo la velocidad y procuró tranquilizarse. Había oído relatos acerca de atracos similares, pero nunca pensó que pudiera ocurrirle a él. Aquellos ojos —rememoró —aquella mirada tristísima y desconsolada...

Al descender del coche junto a la emisora, consideró la idea de dirigirse a la comisaría cercana, pero la rechazó al advertir que aquel incidente y la lluvia torrencial le habían retrasado. El programa tenía que haber comenzado hacía cinco minutos.

Llamó al portero automático, y a los pocos minutos descendió el conserje. Mientras entraban en el ascensor, advirtió que el empleado no le resultaba conocido.

—¿Es usted nuevo? —preguntó mirándole de soslayo.

El hombre afirmó con la cabeza y oprimió el botón correspondiente a la cuarta planta.

—He tenido un encuentro desafortunado —explicó. El empleado no pareció interesado en recibir otra aclaración—. Han intentado asaltarme...

Molesto por la falta de curiosidad del conserje, abandonó el ascensor sin despedirse de él. Caminó apresuradamente por los corredores, y entró en el locutorio sin pasar antes por ninguna otra dependencia.

—Lo siento —comenzó a decir, pero se interrumpió al advertir que no era Oscar quien se encontraba en el cuarto de control—. ¿Oscar? —preguntó.

En aquel momento se encendió la luz roja y escuchó a través de los auriculares la sintonía que daba inicio al programa. Tampoco conocía al que se encontraba a cargo de las llamadas telefónicas de los oyentes.

—«Buenas noches, señoras y señores. Hemos recibido numerosas llamadas telefónicas, cosa que nos complace porque indica que el programa de este humilde servidor de ustedes cuenta con una gran audiencia. Muchas han sido para felicitarnos, algunas recriminándonos el haber sido tan realistas en nues-

tro juego. Porque realmente se trata de un juego.

La noche pasada proponíamos a ustedes una imaginaria fórmula para devolver la vida a los cadáveres. Ni que decir tiene que se trataba de pura fantasía, y así había que entenderlo. El terror siempre ha de ir aderezado con unas notas de humor. ¿Cómo puede pensar nadie que exista algún conjuro capaz de resucitar a un muerto? Dejemos reposar a los que yacen en el descanso eterno. La literatura está llena de ejemplos de resucitados que no perdonaron a los autores de su vuelta a la vida. Nada más sagrado que el más allá.

Pero, señores —continuó el locutor— lo que aquí hacemos no es más que jugar, y para demostrar a nuestra audiencia que todo es pura fantasía, vamos a dejar de lado el guión que traíamos preparado para esta noche. Voy a relatarles, de forma totalmente realista, un lamentable suceso del que hace unos minutos he sido protagonista.

Cuando venía hacia la emisora, he sido detenido, a la altura del cementerio por un grupo de personas que pretendía desvalijarme.

Al salir de la urbanización en la que vivo, un hombre se interpuso en mi camino haciéndome señas para que detuviera el coche. Yo, naturalmente, no paré. Empezaron a caer las primeras gotas de lluvia, y, al cruzar junto a las tapias del cementerio, el aguacero había adquirido características de un verdadero diluvio. De pronto, dos o tres individuos se cruzaron en la carretera y no tuve más remedio que frenar. Instantes después, unos cómplices se acercaron por los lados y pretendieron abrir las puertas del coche con intención de despojarme de cuanto de valor llevara encima. Yo aceleré bruscamente y, esquivando de un volantazo a los que me impedían el paso, continué mi camino. Mañana por la mañana, es decir, hoy mismo, denunciaré el hecho en la comisaría».

A un gesto suyo, el del control hizo sonar una ráfaga musical. El encargado del teléfono estaba ya recibiendo llamadas de los oyentes. Aprovechando que

su voz no salía a antena en aquellos momentos, preguntó si había muchas comunicaciones y cuál era el porcentaje de llamadas favorables. El del teléfono hizo un gesto desde detrás de la ventana del control indicando que los pros y los contra estaban equilibrados. «Esa mirada...», se dijo el locutor.

«El hecho que acabo de narrar de una manera objetiva —continuó diciendo una vez que ordenó el cese de la música— no produce más terror que el explicable y perfectamente lógico. Al fin y al cabo, se trataba de un intento de atraco. Ahora bien —prosiguió— si yo describo este suceso con voz cavernosa, si en vez de hablar de ladrones hablo de... resucitados, si en lugar de...»

De pronto experimentó una sensación de vacío en la boca del estómago y vaciló en su discurso. Aquella mirada —reflexionó para sí—, aquel caminar vacilante bajo la lluvia, aquellas excrecencias en la portezuela del coche...

«Ahora voy a narrar estos simples hechos dotando a mi relato de un aire sobrenatural, introduciendo efectos de sonido, efectuando pausas intencionadas. Comprobarán ustedes que un suceso, cuyos móviles resultan fácilmente explicables, puede transformarse en algo terrorífico, inquietante».

«Hemos recibido llamadas de algunas personas soliviantadas por el tono de nuestro programa. A ellas me dirijo ahora y les pido que escuchen atentamente. No pierdan de vista que se trata de un juego, una transformación. Si acaso se sienten asustadas, piensen en la verdadera naturaleza de los hechos. Quizá sea ese el elemento que genera la sensación de terror: la carencia de explicación, la ausencia de lo que llamamos motivaciones lógicas de un suceso».

Tras la ventana del control, los dos técnicos, semiocultos en la penumbra, parecían sonreír al escuchar las últimas palabras del locutor. Este experimentó deseos de salir un momento y charlar brevemente con sus compañeros, pero una sensación de

inquietud, algo que no acertó a definir adecuadamente, le retuvo junto al micrófono.

«No hay, pues, cadáveres que resuciten, conjuros que sustraigan a los muertos del sueño eterno, ni venganzas procedentes del más allá. Si acaso alguno de ustedes ha intentado utilizar la fórmula que...»

Una ráfaga musical cubrió sus últimas palabras. Molesto por aquella interrupción, levantó la vista hacia el control. Aquel tipo le miraba fijamente desde detrás del cristal. El locutor hizo un gesto de interrogación levantando los hombros, pero el técnico continuó con sus ojos fijos en él, al menos eso era lo que imaginaba, porque el molesto contraluz le impedía contemplar adecuadamente su rostro.

«De algún modo que no puedo revelar —comenzó diciendo con voz profunda— ha llegado hasta mí una fórmula, un conjuro terrorífico. Confieso que al principio no creí en las palabras de la persona que me lo transmitió, y precisamente por eso cometí el error de emitir tan peligroso sortilegio a través de las ondas. ¿Cuántos de ustedes lo han utilizado ya? ¿Cuántos de los que dormían eternamente han visto turbado su profundo sueño?

Sé que soy el único culpable; que si existe algún deseo de venganza debe ser satisfecho en mi persona; que nunca debí relatar ante un micrófono secretos de tal índole... Lo sé.

Ellos me persiguen ahora. Cuando pasaba en mi automóvil esta noche frente al cementerio, algo se movió cerca de las altas tapias, algo que la espesa cortina de lluvia me impidió percibir con claridad. De súbito, tres espantosos espectros, tres horrendos cadáveres semiputrefactos se interpusieron en mi camino...».

El encargado del teléfono levantó su rostro e hizo un signo indicando que había una llamada urgente. El locutor denegó con la cabeza y continuó su relato.

«Obligado a frenar, me encontraba en el interior del coche paralizado por el terror. Los horrorosos espectros iniciaron un movimiento de avance. Sus des-

compuestas carnes ofrecían un espectáculo nauseabundo. Jirones colgantes de...»

De pronto, interrumpiendo el inspirado discurso del locutor, una voz hueca se dejó oír a través de los auriculares. El técnico, haciendo caso omiso de sus órdenes, había dado paso a una llamada telefónica.

«¿Por qué lo ha hecho? —musitó el comunicante, dotando a su voz de inflexiones que ponían los pelos de punta—. ¿Por qué?...»

El locutor experimentó náuseas. Un hedor insoportable fue inundando el ambiente. Los efluvios parecían proceder de la rejilla del aire acondicionado, de los auriculares, del micrófono mismo. El cristal de separación temblaba a impulsos de las cadenciosas vibraciones producidas por aquella cavernosa voz. Hizo gestos tratando de llamar la atención de los técnicos, pero estos, enfrascados en sus tareas, no se apercibieron de las señas. El locutor optó por responder al comunicante.

«Estábamos tratando de convertir un suceso perfectamente explicable en algo terrorífico y sobrenatural. Queríamos...». «¿Por qué...?», se oyó de nuevo, al tiempo que nuevas oleadas pestilentes inundaban la habitación.

«¿Qué desea?», preguntó procurando aparentar naturalidad. Se aflojó el nudo de la corbata, y al pasarse la mano por la frente se dio cuenta de que estaba sudando. «¿Por qué... por qué...?», repetía monótona la voz. El locutor se sintió súbitamente irritado, y, abandonando su asiento, caminó sigilosamente hacia la puerta. No estaba dispuesto a soportar durante un segundo más que los técnicos, a los que además no conocía, le estropearan la emisión.

La puerta estaba cerrada. Con precaución, hizo girar el pestillo repetidas veces, pero todo resultó inútil. «¿Por qué... por qué...?», continuaba oyéndose de manera obsesiva. Se sentó de nuevo ante el micrófono presa de una gran irritación. Los técnicos continuaban enfrascados en sus tareas.

«Tenemos un comunicante —dijo aclarándose la

voz y secando el sudor que corría por su frente—. ¿Cómo se llama usted?», preguntó con una solicitud que hasta a él mismo le resultó ridícula. Hubo un silencio prolongado. Se arrancó la corbata de un tirón, y tomando el micrófono inalámbrico, se aproximó a la ventana de control. "¿Cuál es su nombre?", inquirió, al tiempo que hacía señas al del teléfono indicando que la puerta estaba cerrada. El técnico se limitó a asentir y sonrió de una manera inquietante. Sus dientes, intensamente amarillentos, se dibujaron en su rostro viéndose con una rara perfección, como si sobre su faz se hubiera sobreimpresionado una radiografía.

«¿Es tan amable de decirme su nombre?», pidió con una voz que no reconoció como suya. Acto seguido tapó el micrófono con sus manos y musitó en dirección al control: «Abre». Los técnicos parecieron comprender su petición, pero se limitaron a intercambiar una mirada de inteligencia.

«Mi nombre no importa ya —dijo aquella voz vibrando tan profundamente como los tubos de un órgano—. Yo era alguien que reposaba y a quien por tu causa han sustraído al sueño del que nadie debe despertar».

«Lamentamos... lamentamos —vaciló— no poder continuar este diálogo si usted no se identifica. Vamos a continuar narrando... Qué espantoso olor —dijo un momento antes de apercibirse de que sus palabras habían salido al aire».

«Nos has visto esta noche junto a la tierra que nos pertenece —murmuró el comunicante—. Ahora nos encaminamos hacia ahí. ¿Por qué lo has hecho?».

«No es correcto —dijo con un cierto temblor en la voz— continuar una conversación con un cadáver que no se identifica, con una persona que no se identifica —se corrigió. Presa de una gran irritación, dio un empellón a la puerta—. Estamos rogando a nuestros compañeros de control... Hay un pequeño problema técnico que...»

En aquel momento se apagó la luz. El micrófono

estaba cerrado, y, aprovechando aquella circunstancia, se lanzó hacia la ventana que separaba el locutorio del cuarto de control y gritó desaforadamente.

—«¡Abridme! ¡Abridme! ¿Qué pretendéis? —los técnicos no se inmutaron—. ¿Por qué me habéis encerrado? No soporto este olor nauseabundo».

De pronto, los dos técnicos se levantaron de sus asientos y, vacilantemente, se fueron aproximando a la ventana. El locutor dio un paso atrás aterrorizado. Pegados al cristal, manchándolo con algo rojo y pastoso, se hallaban dos criaturas espantosas y nauseabundas. Dos seres semiputrefactos mostraban las vacías cuencas de sus ojos, y sus descarnadas bocas dibujaban muecas que deseaban ser sonrisas de burla.

—«¡Dios mío!» —exclamó a punto de desplomarse. En aquel momento volvió a encenderse la luz. El micrófono se hallaba abierto—. «¿Qué es esto?» —gritó sin poder contenerse. Y, a continuación, consciente de que su voz iba a ser escuchada a través de miles de receptores, exclamó—: «¡Socorro! ¡Son ellos! ¡Han regresado!...»

....

Algunas amas de casa insomnes acercaron su oído al receptor. Muchos guardas nocturnos reacomodaron el pequeño auricular o aumentaron el volumen de sus receptores. Numerosos estudiantes abandonaron sus libros y prestaron atención al programa. Cientos de automovilistas hundieron imperceptiblemente el pie en el acelerador. Muchas enfermeras de guardia sonrieron experimentando un ligero escalofrío en su columna vertebral. Algunos soldados que escuchaban la radio de ocultis, mientras montaban guardia, retrocedieron hacia el fondo de sus garitas y pegaron la espalda a la pared. En algún bar de carretera unos camioneros se aproximaron al receptor situado tras el mostrador. Todos sin excepción consideraron en su fuero interno que el programa estaba mejorando de día en día.

....

Presa de un pánico infinito, el locutor, asiendo en su mano derecha el micrófono inalámbrico, fue retrocediendo lentamente. Al llegar junto a la puerta, se precipitó violentamente contra el batiente, que se abrió de par en par. Los grandes corredores de la emisora estaban desiertos, y el ruido de sus grandes zancadas fue amortiguado por la densa moqueta que cubría el suelo. Corrió desesperadamente y entró en varios despachos en los que encontrar caras conocidas. Hieráticos, sentados tras las mesas, se hallaban repulsivos seres que le miraban con sus cuencas vacías.

—«¡Auxilio!» —gritó. Y advirtió que aferrado a su mano permanecía el micrófono inalámbrico. Repentinamente pasó por su imaginación la idea de que, quizá su voz continuaba saliendo al aire—. ¡Por favor! —rogó—. Esto no es un programa de radio. Estoy hablando a... —Miró su reloj y se apercibió asombrado de que eran cerca de las dos y media. A aquella hora no debería quedar ya nadie en la emisora. ¿Quiénes eran aquellos seres? Acaso...—. ¡Llamen a la policía! No puedo explicarlo —continuó hablando ante el micrófono—, pero ellos me rodean. Invaden todos los despachos. Me persiguen. ¡Por favor! Son unos seres nauseabundos. Estoy seguro de que se trata de... sí, son muertos. Muertos que han resucitado y desean vengarse... ¡Socórranme, por Dios!

Aquello era sin duda una pesadilla, un sueño macabro, algo inexplicable. Necesitaba huir lo más pronto posible. Corrió deteniéndose en cada recodo de los largos pasillos en dirección a la puerta de la emisora.

—Vienen tras de mí —dijo susurrándolo al micrófono—. Oigo sus pasos. Voy a tratar de abandonar la emisora. ¡Les aseguro que esto es real! ¡No es un programa! —gimió con desesperación.

Al doblar el último recodo se quedó paralizado. Tras la gran cristalera en cuyo centro se abría la puerta de entrada, se agolpaban decenas de horrorosos cadáveres en actitud hierática. En aquel momento

se abrió la puerta del ascensor y el conserje, el mismo que le había acompañado cuando él subió, abrió la puerta del elevador del que salió un nuevo grupo de repugnantes criaturas. Casi al mismo tiempo, la presión de los que se encontraban tras ellas, hizo añicos las grandes cristaleras, y una macabra procesión irrumpió en el corredor.

—Soy Roberto Ramírez —gritó ante el micrófono que aferraba en sus manos—. Estoy en Radio Central. Me encuentro en peligro de muerte. Decenas de criaturas avanzan hacia mí. ¡Llamen a la policía! ¡Voy a morir! —rugió echando espuma por la boca—. Esto no es una ficción. He provocado la resurrección de los muertos y su venganza no se ha hecho esperar. ¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Ya están aquí! ¡Me rodean! ¡No puedo conseguir...

* * *

A través de miles de receptores se escuchó la sintonía que ponía fin al programa de Roberto Ramírez. Cientos de automovilistas se distendieron y aflojaron la presión de su pie sobre el pedal del acelerador. Algunas amas de casa desveladas apagaron la radio y examinaron sus profundas ojeras ante el espejo del cuarto de baño. Más de un soldado de guardia abandonó el fondo de su garita y salió a pasearse por la muralla. Los camioneros pagaron sus consumiciones y subieron a sus grandes vehículos. Muchos estudiantes cambiaron de emisora intentando localizar la música que les ayudara a retener sus lecciones. Enfermeras de guardia iniciaron la ronda por las habitaciones en penumbra recelando de cada sombra que encontraban en su camino. Y hasta en alguna comisaría de barrio, algunos policías lanzaron una carcajada para distender el ambiente. Todos, absolutamente todos, pensaron que el programa mejoraba de día en día. Lo malo fue que, a la mañana siguiente, aquellos mismos policías, llamados urgentemente desde la emisora, permanecieron perplejos y con la confusión dibujada en sus rostros ante el cadáver horrendamente mutilado del locutor Roberto Ramírez.


La casa de la
vieja higuera



La casa de la vieja higuera

Alfonso Alvarez Villar

Agrietada, sometida a la ruina por el implacable deterioro de los elementos atmosféricos, la vieja casa norteña producía en él una irresistible atracción: la de ser cita, dulce y amorosa, con una bella muchacha que, al decir de la gente, hacía muchos años que ya no habitaba en la casa...



LUISITO lanzó su balón de siete colores hacia el larguero azul del cielo de verano.

Su madre le había dicho que no jugara cerca de aquella casa porque en ella vivía «gente atea e impía».

El padre de Luisito era general. El niño jugaba con los entorchados y las medallas del padre, blandía el espadín, y sobre su minísculo pecho la faja del generalato lucía como un inmenso Amazonas de color salmón, cuando entraba a hurtadillas en la habitación de sus padres y se revestía de los atributos paternos.

Al fondo de un paseo de tilos, se alzaba el chalet de los «rojos», pero era dulce la brisa que soplaba bajo los árboles y las moras reventaban de néctar detrás de las vallas.

—El dueño es un diputado socialista —cuchicheaba con secreta complacencia la vieja aya que hacía el papel de sirvienta responsable de Luisito.

Aquello había ocurrido en el verano del año 1935. Ahora caían las primeras hojas del otoño de 1936. Pero las hortensias seguían lanzando balonazos de azul y de rosa a los parterres abandonados de los

jardines. Y seguían zumbando los insectos, haciendo sus peplos las arañas, gorjeando los pájaros.

—Ama... se me ha caído la pelota en la casa de los «rojos».

—Pues... entra y cógela, que ya no hay nadie allí.

La puerta de madera seguía conservando su mano de pintura verde. Chirrió ante el empuje. Un ciempiés salió a toda velocidad de uno de los goznes oxidados.

Allí estaba la casa. Sólo que no quedaba en ella un solo cristal. Luisito miró por un ventanal y vio manchas en las paredes en donde antes hubiera cuadros y tapices. Una golondrina había hecho su nido en un alero y otros pájaros entraban y salían del edificio solitario como si fuese una inmensa jaula sin puertas. Las lagartijas cubrían como varices de color gris el enjalbado de las paredes que comenzaba a desmoronarse.

Corrió sobre el césped alto del jardín. Reinaba en él una anarquía vegetal y animal. Las caléndulas y los nomeolvides, los pensamientos y los jacintos se pudrían indolentes en el marasmo verde.

El pelotón policromo reposaba en un banco de begonias. Luisito dio un chillido y se acercó a él. El aire en aquel rincón del jardín olía sobre todo, a higuera. Algunos higos yacían despanzurrados sobre el suelo, cubiertos de minúsculas hormigas.

—¿Me dejas jugar con él? —oyó la voz de una niña.

La niña era rubia como una caricia solar. Su piel era tan fina que parecía la cutícula del moscatel próximo a arrugarse. Su traje blanco se cubría de tabletas de sombras verdes.

Luisito le cedió el balón. Su lengua había quedado agarrotada. Una triple coraza de asombro le cercaba el pecho.

—¿Cómo te llamas? —se atrevió por fin a preguntarle.

—Me llamo Luisa María. Vivo aquí, ¿sabes? Te conocía antes porque a ti siempre te ha gustado mi casa. ¿Verdad?

Jugaron durante unos minutos. El perfil de indio cherokee del ama se asomó tras la puerta, sonrió y volvió a desaparecer.

Corría la niña sobre el césped húmedo como si no gravitase. Luisito intentaba alcanzarla jadeando. Tardíos emjambres de mariposas amarillas se dispersaban como un puñado de azufre.

Luego se oyó la voz del ama llamando al niño y Luisa María desapareció tras un montículo de tierra donde brotaban unas flores muy extrañas de color violeta.

—¿Sabes, ama? ¡He jugado con la niña de esa casa!

—¡Bah! ¡Tonterías! Yo te vi jugando y estabas solo. Ya no vive nadie ahí dentro.

Subieron por la corta avenida de tilos. Seguía sonando en sus oídos el «plof-plof» del pelotón y las risas de Luisa María.

Se mantuvo silencioso en la playa. Era inútil que las hermanas mayores le incitasen a zambullirse en las cortinillas de espuma que se cerraban y se abrían sobre la arena. Era inútil que peces de oro y plata, dibujados por el sol sobre el mar, se escabulleran entre las piernas de Luisito.

—¡Oiga, Arancha! ¿Qué le pasa a Luisito? —preguntó la abuela senil al aya vizcaína.

—No lo sé señora, no sé. Estaba muy bien esta mañana.

Regresaron al chalet veraniego. Los bojes se hinchaban bajo el sol del mediodía. La rana de piedra de la fuente eructó un delgado chorro de agua.

Mamá estaba allá arriba, tan esbelta, tan guapa como siempre. El ala de su pamela blanca era una cornisa de luz.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿Sabes que he estado jugando con la hija de los «rojos»?

—¡Jesús! ¡Qué imaginación tiene este niño! ¡Si huyeron a Madrid, el 18 de julio!

La madre, amorosa, puso su mano sobre la frente de su hijo.

—¡Dios mío! ¡Si está ardiendo! ¡A ver, Rufino, vaya usted a avisar al Dr. Loureiro inmediatamente!

El médico diagnosticó unas fiebres paratíficas.

Luisito estuvo luchando contra la muerte durante dos meses. Por la noche avanzaba la mano negra de la fiebre. Surgían del limo viscoso fantasmas que arrojaban fuego por los ojos, reptiles de mirada inmunda, ogros y brujas arrancados de los cuentos de Grimm. Pero al aparecer Luisa María todos los monstruos se alejaban.

La niña solía presentarse vestida con una túnica blanca, con el pelo esparcido sobre los hombros, un pelo largo, largo como la eternidad. Sus ojos eran tan profundos que causaban vértigo.

Se acercaba con semblante triste y colocaba su mano fría sobre la frente del niño. La fiebre se convertía en rocío de los prados, en agua de primavera, en lluvia sobre un lago de montaña.

Estaba ya fuera de peligro al cabo de un mes. Le envolvieron en una manta y mamá le colocó amorosamente sobre el asiento de atrás del Citröen oficial que llevaba una bandera con dos estrellas.

—Ahora vas a volver a vivir con papá, mi nene.

Pronto quedó atrás la cortina perenne y monótona de la lluvia gallega, la que dibujaba sobre los cristales del chalet las mejillas exangües de Luisa María.

—¿Y no volveremos otra vez a Ribadeo?

—No hijo, Ribadeo nos trae malos recuerdos. El año que viene, iremos a veranear a San Sebastián que pronto será liberado.

* * *

Luisito ya no era Luisito, sino Luis. Había aprobado la Reválida de Bachillerato en Madrid, a donde se había trasladado la familia. Su padre era Subsecretario del Ministerio del Ejército.

—¡Dentro de unos meses, a la Academia Militar de Zaragoza! —le repetía su padre, con relámpagos en los ojos.

Los padres le habían prometido cumplir sus deseos si aprobaba la Reválida con sobresaliente. El pidió pasar un mes en Ribadeo.

—¡Ribadeo! ¡Ribadeo! ¿Quién se acuerda de aquel chalet que alquilábamos? —dijo el Teniente General—. Bien. ¿Qué más da un lugar que otro?

Pero para Luis, Ribadeo era la casa de los «rojos». ¿Seguiría en pie? ¿Estaría todavía la vieja higuera? ¿Volvería a ver a Luisa María?...

Porque no había dejado de pensar en ella, desde aquella mañana mágica del jardín y de la pelota-arcoiris.

Ella estaba presente en sus poemas de adolescencia, en sus paseos solitarios por el Retiro y el Parque del Oeste, en el pupitre incómodo del colegio del Pinar, en los ejercicios espirituales de Cuaresma o en las fiestas navideñas. La veía sutil como una niebla blanca o como la llama de un pabilo. Pero ahora desarrollada como una mujer, con sus trenzas rubias cayendo sobre dos prominentes colinas o retorciéndose en torno a una cintura de hembra joven.

* * *

El chalet que había ocupado la familia de Luis hasta el otoño de 1936 ya no parecía provisto de las comodidades de antaño. Reservaron unas habitaciones en el mejor hotel de Ribadeo. Desde allí se divisaba la amplia ría del Eo, las costas profundamente verdes de Asturias, los vaporcitos de pesca. Pero todo le parecía ahora más real, como si hubiese perdido parte de su pátina de maravilloso. Era como si alguien las hubiese empequeñecido para hacerlas más tangibles.

Luis se acercó al paseo de los tilos, con el corazón latiendo fuertemente. Los tilos estaban ahora más crecidos pero las moras aún no habían madurado.

Sí, allí estaba la «casa de los rojos». Pero rodeada de un ejército de máquinas.

—Ha venido usted a tiempo. Mañana comenzaremos el derribo —le explicó un capataz.

—¿Puedo entrar en el jardín?

—Todavía puede entrar.

Las higueras aparecían ahora mutiladas y cubiertas de polvo. Sobre el plantel de begonias pendía la fatídica batea de la demoledora. El chalet había quedado reducido a su carcasa. Hondas grietas lo desfiguraban como la piel atacada por la pelagra. Olía a cemento y a yeso, a hierro cubierto de orín y a heces humanas.

Pero allí, de espaldas a Luis, estaba Luisa María, sentada sobre el mismo montículo tras el que desapareció unos años atrás, a la sombra de la vieja higuera.

—¿Me recuerdas, Luisa María? Soy Luis...

Luisa María era ahora una muchacha de dieciocho años, no tan bella como él se la había imaginado en sus fantaseos.

Era una chica pálida, inmune a los rayos ultravioletas y al yodo curtidor de la playa. Pero su mirada seguía siendo tan honda como siempre. Peces abisales aleteaban en sus pupilas.

—Sí, me acuerdo que jugamos con un balón de siete colores que saltó la valla. Pero vamos a sentarnos sobre la escalinata.

Hablaron. Y la voz de la chica salía como un dardo hacia el cielo luminoso o caía hacia la tierra, escondiéndose en lo más hondo.

Se cogieron las manos. Reían las lagartijas. El último jacinto expiró.

Brotaron las frases reprimidas durante años.

—Te amaría aún después de la muerte.

—¿Aún después de la muerte, Luis?

Luego se dieron un beso y el mundo entero explotó.

—¿Te veré mañana?

—Me verás pronto, Luis, muy pronto.

Se despidieron. Al volver los ojos hacia la escalinata, Luis vio desaparecer a la chica tras el pináculo de tierra.

Corrió jadeando a casa. Le dolía el costado derecho. Al entrar en el hotel tosió y vio en el pañuelo un coágulo de sangre. Pero no dijo nada.

Al día siguiente, contempló con balas de plomo en el alma, cómo la máquina convertía en un montón de escombros polvorientos la casa de Luisa María. Recorrió toda la villa y no encontró a su novia. Al día siguiente reanudó la búsqueda pero con resultados negativos.

Empezaba a tiritar de fiebre y cada vez era más difícil el disimulo.

—¿Sabes lo que ha ocurrido en la casa de los «rojos» que tanto te atraía cuando eras niño? —preguntó la madre a la hora de cenar.

Luis se convirtió en una enorme oreja.

—... que una excavadora encontró en el jardín restos humanos de, por lo menos, cinco personas. Esto confirma el rumor de que un grupo de patriotas fusiló al diputado socialista y a su familia, el 20 de julio de 1936, en represalia de otros crímenes cometidos por los rojos.

Luis empezó a toser. Un líquido tibio y agridulce le montaba por la garganta.

—¡Válgame Dios! ¡Este sitio está maldito para tí! ¡Vete a la cama en seguida!

Las radiografías y el análisis de esputos fueron inmisericordes: Luis padecía una tuberculosis pulmonar.

A los dos días regresó a la capital y desde allí a una mansión de «fiebre lenta y noche fría» en donde los años pasaban como un convoy parsimonioso que se va precipitando en el vacío.

* * *

En verano, la sierra era un incensario de tomillo y de jara. Caían las agujas de los pinos como si todo el bosque fuese el costurero de una modista celeste. En invierno subían largas cendales de niebla por lo picachos y roquedos cubiertos de nieve. Los pasos parecían entonces los de un muerto. Los carromatos con los ataudes de los tísicos fallecidos sonaban a altas horas de la noche como el deslizarse de una oruga por un sendero de hierba.

—Ya verás cuando cures —le decía su padre—, podrás tener el mejor bufete de Madrid.

Estudiaba Derecho. Sólo se trasladaba a Madrid, en un cómodo y tibio automóvil, durante la época de exámenes.

La fiebre era leve, pero el bacilo de la tuberculosis se resistía en sus trincheras pulmonares.

Un día, echado en su tumbona cara a las montañas nevadas y azules, tuvo un respingo.

—¿Y si me escapara a Ribadeo? —pensó Luis.

Fingió un permiso médico y pagó con sus ahorros un billete de Primera en el Expreso de Lugo.

Pensaba durante el viaje (como había pensado durante aquellos cuatro años de internamiento en el Sanatorio de la Sierra de Guadarrama) en aquella «casa de los rojos» que ahora habría sido sustituida por un edificio de seis plantas, donde ya no quedaría ninguna higuera. Tenía la corazonada de que Luisa María le estaba esperando ahora, allá en la norteña ciudad de Ribadeo.

El tren fue dejando tras sí montañas y llanuras. Y él se adormeció envuelto en una manta de viaje que recogía el calor febril de su cuerpo.

A la mañana siguiente estaba en Lugo. Desde allí le llevó a Ribadeo un largo autobús que gemía en las curvas de la carretera bajo eucaliptos y pinos llorones.

—¿Eres Luis Fernández? —le preguntó un señor vestido de azul marino, al llegar el autobús a su meta.

—¡Menudo susto les has dado a tus padres! ¡Anda, sube al coche que vamos a volver inmediatamente a Madrid!

Era, sin duda, un policía. Le cogió del brazo y le hizo ademanes de que entrase en el auto negro y reluciente bajo la lluvia que empezaba a caer.

Se desprendió del brazo del policía y echó a correr.

—¡Eh! ¡Estás loco! —le gritaron desde lejos.

Corría por el paseo de tilos. Ya no se oía la carrera acelerada del policía, ni sus gritos.

Tuvo un estertor y manchó el pañuelo con un an-

cho cuajarón de sangre. Pero fue solo un instante.

Ahora el paseo parecía iluminado por cien mil soles, como en aquella mañana de 1936. Los tilos se cimbreaban emitiendo una extraña música de campanillas de Navidad. Pájaros de todos los colores saltaban de un borde a otro del camino.

Divisó al fondo, intacta, la «casa de los rojos». Nada de bloques de seis plantas. La pintura verde de la puerta del jardín olía a nueva, relucían los cristales y el olor a higuera era embriagador.

Allí, embutida en un ramo de begonias, estaba su pelota de siete colores. Luisa María la cogía y la obligaba a botar.

—¡Hola, Luis! ¡Por fin, llegaste! ¡Te está esperando mi familia!

Luisa María era ahora una joven de veintidós años. Sus cabellos resplandecían como un arco eléctrico.

Se dieron un beso y entraron.

La casa estaba abarrotada de familiares y amigos. Se oía una radio y Luis rememoró las antiguas canciones de «Rocío, ay mi Rocío» o «Soy un pobre presidiario».

Acogieron con gritos de júbilo a la pareja.

—Voy a pedir tu mano a tus padres —exclamó Luis con firmeza.

—Mi mano y toda yo te pertenezco desde que nos conocimos por primera vez —añadió la muchacha.

—Sí, desde que decidimos amarnos hasta la muerte y más allá de ella.

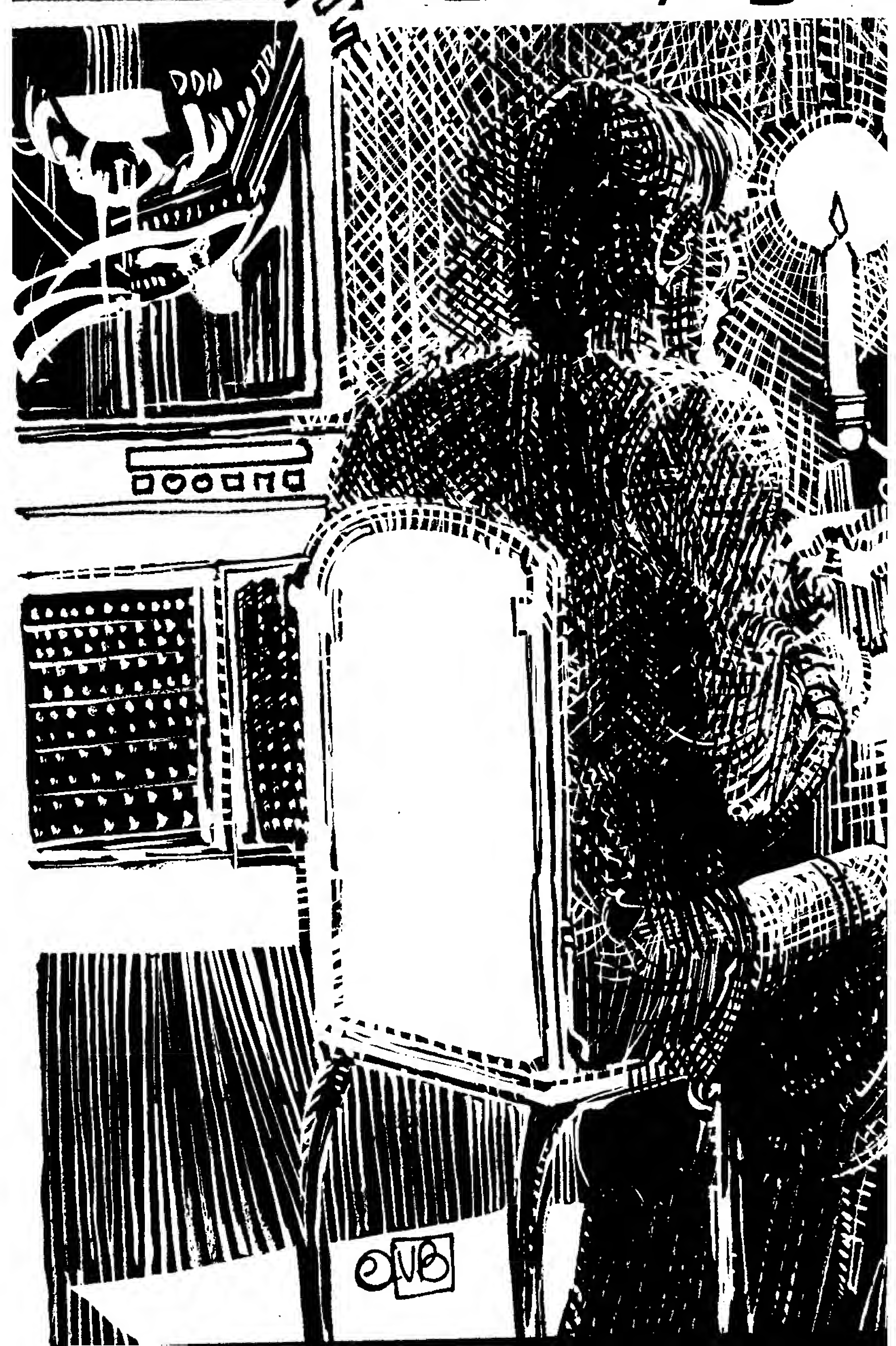
Algunos invitados se habían agolpado en uno de los balcones del chalet. Miraban hacia más allá del mundo verdadero.

—Mira a tu propio cuerpo, Luis.

Miró desde el ventanal y vio a un grupo de gente que rodeaba a un muchacho caído sobre el fango. De su boca salía un charco de sangre. Pero la parte inmortal de Luis estaba ahora al lado de su prometida. Más allá del tiempo y del espacio. Más allá de todo.

Serán cenizas, más tendrán sentido.
Polvo serán, mas polvo enamorado.

La protegida de Ziyagh





La protegida de Ziyagh

José León Cano

Langosta a la americana

«Se lava muy bien la langosta viva. Colocada sobre la mesa se le quita una de las antenas o cuernos y se le introduce por el intestino, cogiendo la langosta y poniéndola derecha. Se coloca debajo una taza y se saca la antena; el líquido que cae se recogerá en la taza y se echan dos cucharadas de agua o caldo caliente para que no se cuaje. Se separa la cola del cuerpo. La cola se corta en dos; también se cortan las patas, a las que se quita el extremo. Se tira el excremento y se reserva la sangre, las huevas y las tripas.

Una vez desangrada se le quita una tripita negra, como se hace con los cangrejos; de un tirón sale...»

De la «Cocina Práctica», de Rosario Cifuentes.



L corcho salió disparado como un cometa con cola de burbujas. La alegre detonación hizo refulgir los ojos de Severine; se entornaron con gesto pícaro y sus dientes, perfectos y blanquísimos, brillaban con la magia de una sonrisa. Pierre hizo oficios de *somelier* impecable sujetando la botella con una servilleta inmaculada. Gorgoteó el champán sobre ambas copas mientras las velas, en la mesa, ardían trémulas de felicidad. Mozart, al fondo, amenizaba discretamente la velada ejerciendo oficios de tercería desde los remotos compases de su «Serenata Nocturna». Ciertamente, la aguja del tocadiscos rezongaba un tanto. Y si bien es verdad que el mar estaba esa noche más agitado que de costumbre; que la luna llena era sobre el horizonte como una enorme herida sanguinolenta, y que oscuros nubarrones surcaban velozmente los cielos, otros signos prometían una primera noche de lujuria. Eran estos el desacostumbrado rubor de las mejillas y la respiración agitada de Severine, así como el meloso tono de la voz de Pierre y el inequívoco brillo de sus ojos.

«Brindemos por una larga noche de amor», dijo

Pierre mientras levantaba su copa. «Por que me demuestres que eres tan hombre como pareces», pensó Severine al levantar la suya.

La enorme langosta fue trinchada y servida con destreza por Pierre, quien conocedor de los afrodisíacos efectos del marisco unido al champán, se había cuidado de elegir personalmente, según dijo a Severine, la pieza más voluminosa del mercado. Las dimensiones del animal eran casi monstruosas, puesto que la enorme fuente de plata sobre la que descansaban sus cocinados restos era insuficiente para contenerlos; cabeza, cola y extremidades sobresalían descaradamente, y sólo la seguridad de que la langosta estaba completamente muerta restaba dramatismo al agresivo escorzo de sus patas, ilusoriamente tensas sobre el mantel, como si aquel organismo rojizo y de dudosa estética estuviera dispuesto a saltar de un momento a otro. Tal vez por eso y por las imperiosas llamadas de sus jugos gástricos, un suspiro de alivio se escapó de los labios de Severine cuando fue troceada la carne pulposa y blanquecina, servida en cantidad más que razonable y acompañada de estimulante salsa, cuyo olor mortecino, sin embargo, sugirió a la comensal una idea escatológica. Pues de tan oscura y espesa le pareció el producto de una exoneración.

Pierre sirvió su parte y, a juzgar por el gesto que puso, cruzó por su mente la misma maloliente idea. Sin embargo, cuando el primer trozo del animal, untado en la salsa, penetró en su boca, el orden de su pensamiento tuvo que variar radicalmente, al compás del sabor delicioso. Otro tanto ocurrió cuando las papilas gustativas de Severine establecieron contacto con el bocado que, como prolongación plateada del tenedor, le provocó gozosas concomitancias mentales entre lujo y lujuria. La música, las velas, el champán y el crustáceo la estaban poniendo decididamente caliente.

Hubiera sido todo perfecto a no ser por un pequeño pero inquietante detalle: era que el animal,

quizá por extraño capricho de la naturaleza, mostraba en su caparazón un borroso dibujo. Hasta el menos despierto lo hubiera interpretado de inmediato como el de una calavera humana. Toda vida come vida, y las langostas no eran inapetentes a la carne de los naúfragos, según se le ocurrió a Severine, atraída por el fascinante dibujo, sin que sus dientes, empero, interrumpieran la labor masticatoria. Aunque por unos segundos las glándulas salivales dejaron de expeler el jugo que les es propio. Lo que Severine subsanó en parte recurriendo al champán. De esta manera pudo tragar el bocado, aunque fuera un signo de dudosa educación beber con la boca llena.

Otras reglas de urbanidad se conculcaron esa noche. Porque Pierre, a quien el palpitante escote de su compañera (que casi dejaba al descubierto la totalidad del seno) no podía dejar indiferente, se decidió a «lamimordibesarlo» sin más preámbulos cuando su boca estuvo vacía, y sin antes haber tenido la delicadeza de limpiársela con la servilleta. Lo que, por otra parte, nada importó a Severine, si es que hay que decirlo todo, pues las ardorosidades de su sangre no le hacían reparar en tales minucias. Pese a lo cual retiró discretamente la cabeza de su amante próximo futuro; ya que, hasta que su plato no estuviera vacío, seguía prefiriendo los placeres de la mesa.

Por enésima vez, el mecanismo automático del tocadiscos repitió la serenata barroca. Las nubes se acumularon de forma amenazante, hasta formar un denso tejido. La luna, de vez en cuando, distribuía su palidez de molusco, y el viento gemía sordamente, imitando el estilo de las mejores novelas de terror. Era que entre los arrechuchos amorosos, el trasiego nada magro de champán y la suculenta vianda, la realidad circundante se distorsionaba para ambos, quedando subjetivamente patentes sus aspectos metafóricos. Si el viento soplaba, lo hacía por pura envidia; la luna, aunque pálida, estaba negra, ya que hubiera deseado participar del festín. Por eso no dejaba de vigilarles, asomándose continuamente entre las nu-

bes; en cuanto a éstas, habían bajado hasta rozar los tejados de la casa, deseosas de recibir algo del ardor que de ella emanaba. Y el mar, atormentado por la música de Mozart, intuyendo el encuentro desnudo de los amantes, trataba en vano de llegar hasta las ventanas y, salpicando el ayuntamiento de esos cuerpos, regresar luego a su profundo seno para instruir a las poblaciones submarinas sobre la impudicia de las penetraciones humanas.

Tales cosas se le habían ocurrido a Pierre, en un momento de euforia inspirada, y se las contaba a Severine con los ojos brillando de alcohol. Ella reía convulsa, y a cada movimiento de su pecho quedaban visibles los pezones. Con lo que no hacía sino echar más leña al fuego, ya bastante encendido a causa de la salsa picante con que rebozaron las mutilaciones de la langosta. Sobre la bandeja de plata, la luz de las velas hacía tremolar con modulaciones rojizas a la calavera dibujada sobre el caparazón. Y era un espectáculo sombrío al que ni Pierre ni Severine procuraban prestar atención, ocupados como estaban en comer, beber y frotar el ansia de los cuerpos, convertidos en lámparas maravillosas de las que surgiría, de un momento a otro, el insaciable Genio de la carne.

Pero ese milagro no se produjo. Porque de improviso llamaron a la puerta. Lo que resultaba extraño en grado sumo, puesto que el pueblo más cercano se encontraba a veinte kilómetros, eran casi las doce de la noche y para llegar a la casa solitaria —situada sobre el promontorio de rocas que el mar sacudía— era lo habitual hacerlo en automóvil; ningún ruido de motor habían escuchado. Dominaban los amplios ventanales del salón todo el paisaje, en los cuatro puntos cardinales, y la euforia que les había embargado no era lo bastante fuerte para que dejasen de observar los tijeretazos luminosos de los faros; perceptibles, desde la altura en que se encontraban, a gran distancia. Nada ajeno a la oscuridad, salvo los resplandores fugaces de la luna, habían visto. Se miraron el uno al otro con estupor. Pierre miró también furtivamente a

la escopeta de caza, cargada, que colgaba sobre la chimenea. Su posible necesidad estaba prevista para un caso semejante. Deshizo el abrazo que le ligaba a Severine y, sin decir nada, se armó con la escopeta y bajó solo las escaleras hasta la puerta.

—¿Quién es?

Nadie contestó. Inmóvil, con la escopeta en la mano, repitió con voz más fuerte la pregunta. Desde el nacimiento de las escaleras, allá arriba, se recortaba a la luz de las velas la silueta de Severine, expectante. Había adoptado una postura, con los brazos cruzados, que evidenciaba su creciente tensión. Acercó Pierre su ojo a la mirilla y no parecía que hubiera visto nada. En ese momento la aguja se engolfó en las últimas espirales del disco y Mozart regresó a su tumba, sin que automáticamente se volviera a repetir la cantinela. El mecanismo de repetición, por una vez, había fallado; como si, contagiado por lo insólito de la llamada, un improbable estupor hubiera paralizado sus poleas o desarticulado los engranajes. El reloj de pared tendría que haber desgranado en ese momento sus doce obligatorias campanadas. Sólo sonaron dos y guardó silencio. Transcurrió un largo rato antes de que Pierre se decidiera a abrir la puerta. Al fin lo hizo y sus goznes crujieron lentamente. Entró aullando el viento, y así permaneció mientras Pierre inspeccionaba, escopeta en mano, la puerta desde fuera. La soledad de la casa estremeció a Severine. Pierre recorría los alrededores, empleando en esa labor más tiempo del que ella hubiera deseado. Descargó su tensión en parte cuando le vio regresar y cerrar la puerta tras de sí.

—No hay nadie —dijo Pierre.

—Ha tenido que ser el viento.

—Ningún viento tiene nudillos para golpear de esa manera.

—Quizá haya sido una rama sacudida por el viento; o un animal. Pero si no hay nadie, lo mejor es que volvamos a la mesa.

Volvieron, en efecto, y comprobaron que las velas

estaban casi del todo consumidas. Los siniestros trazos de la calavera, sobre el caparazón de la langosta, se hicieron más evidentes. Desapareció el ardor en la sangre de los frustrados amantes, y algo sombrío comenzó a danzar por los rincones de la habitación, al compás de las semovientes y diminutas llamas. El champán ingerido cesó de proporcionar sus estimulantes efectos, siendo sustituidos por una sensación de náusea y sobrecogimiento. El transcurrir del tiempo parecía haber perdido su habitual fluidez, y un aliento imperceptible, aunque de alguna extraña manera palpable, acompañaba al de ambos. Severine manifestó sus deseos de marcharse a casa, alegando que no se encontraba bien. Evidentemente, la velada había perdido de golpe todo su encanto. Pierre se disponía a acceder a los deseos de su compañera. Pero algo absurdo y en extremo inquietante ocurrió en ese momento. Un volumen de la biblioteca que estaba junto a la chimenea cayó al suelo con un golpe seco. Pierre y Severine volvieron a mirarse sobrecogidos durante largo rato, sin atreverse a mover un músculo. Al cabo del cual Pierre reunió el coraje necesario para levantarse de la silla y dar unos pasos en dirección a la parte del suelo donde había caído. No había sido sacado de la biblioteca desde hacía años. El volumen, de casi dos kilos de peso, era un tratado de zoología animal. Estaba abierto en el suelo. Una de sus páginas abiertas era un grabado, con profusión de colores, que representaba a una langosta. Su primera reacción, creyó intuir Severine, fue cerrar el libro de inmediato para que ella no se percatara de la insoportable coincidencia. Pero no pudo evitar Pierre que Severine viera el grabado, pese a la relativa distancia a que el libro se encontraba de la mesa y a la escasa luz de las velas.

—¡Vámonos de aquí, Pierre! ¡Vámonos ahora mismo!

Estaba pálida y su hermoso pecho se estremecía ahora con las convulsiones de un terror instintivo. El cráneo dibujado sobre el caparazón, el ruido en la

puerta, la caída del libro, la visión insoportable de una langosta en sus páginas, una langosta exactamente igual a la que acababan de comer... Demasiadas coincidencias. Se le ocurrió de pronto que Pierre la estaba gastando una broma pesada, con objeto de aterrorizarla. Pero si eso era así, demostraba unas excelentes dotes de actor, porque se encontraba tan pálido como ella y apenas podía reprimir el temblor de sus labios.

—No entiendo lo que está pasando, Severine. Te juro que no lo entiendo. Pero hace tiempo que he dejado de creer en las brujas, y no encuentro una razón válida para que nos marchemos ahora. No podemos comportarnos como niños asustados.

Severine no contestó. Porque su atención estaba entonces centrada en un hecho que su razón se negaba desesperadamente a aceptar. Los restos de la langosta se habían reunido y ensamblado sobre la bandeja de plata, y el exoesqueleto así formado comenzaba a arrastrarse pesadamente sobre el mantel en su dirección. Quedó pegada a la silla como una figura de hielo, incapaz de realizar el menor movimiento. Supuso que no estaba viviendo una pesadilla (aunque deseara fervientemente que lo fuera), pues de ser así el escalofriante terror que la embargaba la habría despertado en ese momento. Los cristales de las ventanas se estremecieron con su grito. Comprobó que Pierre había descubierto la causa de ese grito y que no era capaz de reaccionar. Maldijo la falta de valor de su compañero, que no hacía sino incrementar su propio espanto, y seguía gritando con el rostro congestionado y la boca desmesuradamente abierta, como si el horror hubiera anidado en la punta de su lengua. De tal modo era fascinante ver avanzar aquel amasijo de cáscaras y pinzas retorcidas, tan abiertas como su propia boca, que no pudo llevar a cabo su propósito de aplastarlo con un simple manotazo. El espantoso cascarón aceleró sus movimientos, por lo que en una fracción de segundo sus antenas llegaron a rozarle el pecho descubierto. Entonces

la tensión histérica se hizo insoportable y su mano actuó como un resorte, apartando y dispersando de un golpe la semoviente acumulación. Con ello, el hechizo, si es que de un hechizo se trataba, cesó de manifestarse.

Las cáscaras, dispersadas sobre la mesa, mostraban ahora su condición de simples restos de comida. De un golpe se levantó de la silla. El estupor de la escena inasimilable había convertido a Pierre en poco menos que una estatua. De pie, con la mirada inmóvil sobre el mantel, cuya impoluta blancura resaltaba la rojiza abominación de aquellos restos, parecía un perturbado entregado por completo a sus obsesiones. Severine buscó el cobijo de su cuerpo y, estrechándolo con fuerza, trató de descargar el miedo en la dudosa protección del hombro masculino.

—¡Antes de que sea demasiado tarde! ¡Pierre, por favor, vámonos ahora mismo!

El contacto con aquel cuerpo le produjo una penosa impresión de vacío. Porque si bien su realidad física era incuestionable, sintió que en ella no se albergaba la mente de Pierre, sin duda sumida en los oscuros ámbitos de un laberinto sin salida. Porque no respondió, como ella esperaba, al abrazo con el abrazo. A través de su camisa humedecida y fría percibió los violentos golpes de su corazón. Pero no manifestaba otro signo de vida, y era como si un tambor resonase inútilmente tras las costillas de un cadáver. Habló al fin, sin despegar la vista de la mesa y como si lo hiciera para sí mismo.

—El ciego me lo advirtió... No sé cómo pudo saber que la llevaba... Pasé por su lado y me lo advirtió... Sin llegar a verla... ¿Un poder anormal...? ¡Cuidado con «esa» langosta...! ¡Ziyagh el Profundo protege su vida...! Me lo advirtió... Algo dijo de los Dioses Despiertos... Viejos mitos de los pescadores... ¿Cómo hacerle caso?... Y ahora, la Forma... ¡Demasiado tarde...! Insensata... ¡Tú lo has comprendido! ¡Ya es demasiado tarde!

La locura y la obnubilación fueron crueles con Se-

verine, negándole sus beneficios. Pues asistió a los acontecimientos que se sucedieron con absoluta lucidez, deseando morir para no seguir siendo testigo. Pese a lo cual, esos acontecimientos eran de una naturaleza tan extraordinaria que, cuando ya no pudo resistirlos y era empujada por ellos a la muerte, el supremo horror de su agonía consistió en no llegar a descubrir si tales cosas eran reales o tal vez producto de un mal sueño.

Sintió primero que una enorme fuerza arrebataba a Pierre de sus brazos. Gritaba y pataleaba su compañero, suspendido en el aire. Todos los cristales de la casa se hicieron añicos, como impelidos por la onda de una explosión de origen desconocido. Una potente ráfaga de aire apagó primero las velas y barrió después cuantos objetos se encontraban sobre la mesa. Al difuso resplandor de la luna, oscurecido en ocasiones por las nubes, vio cómo la fuerza que sostenía a Pierre en el aire lo dejaba caer sobre la mesa con un golpe seco. Escuchó con toda nitidez la fractura de su columna vertebral. Entre gemidos chirriantes, la sangre comenzó a manar a borbotones por la boca de su compañero. Luego su vientre se hundió como si soportara un gran peso. El rostro de Pierre, tenso por el horror hasta parecer una siniestra máscara, manifestaba por medio de repetidas contracciones que algo terrible, casi obsceno de tan espantoso, le estaba sucediendo. Descubrió Severine qué era cuando de nuevo escuchó un crujido y la pierna derecha fue arrancada de cuajo. Como una bandera inútil, brillando a causa de la sangre, tremolaba al compás del viento su pantalón vacío, mientras la pierna, desnuda y enhiesta sobre la mesa, era oprimida por invisibles pinzas y retorcida como un trapo hasta que, vacía de sangre, su grosor disminuyó y llegó a ser apenas algo mayor que el del hueso.

La visión que siguió acabó con la vida de Severine. La pierna así exprimida fue clavada, a modo de huso, en el vientre de Pierre. Perforó los intestinos y llegó hasta la base del esternón. También vio cómo la len-

gua de Pierre temblaba entre los dientes, dando muestra con ello de conservar todavía la vida. La suela del zapato derecho dio tres vueltas completas en torno al tacón, en el sentido contrario al de las agujas del reloj, y luego la pierna fue violentamente expelida del cuerpo, dejando con ello libre salida a los jugos e intestinos del agonizante, que se desparramaron sobre la mesa. La muerte reventó entonces en el cerebro de la mujer.

Todo lo cual demuestra, en cualquier caso, que la langosta a la americana suele ser un plato de muy difícil digestión.



La puerta abierta

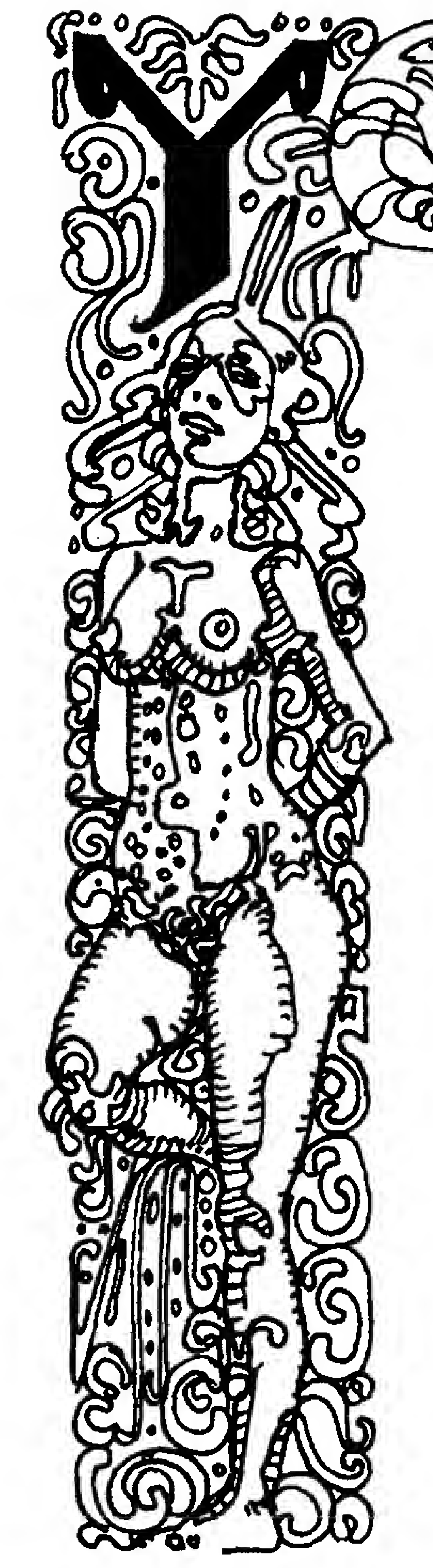




La puerta abierta

Original de Eusebio Zabaleta sobre un relato de Margaret Oliphant

En las ruinas de la antigua mansión, bajo el viejo árbol, podía oírse por las noches el llanto y la voz lastimera de un niño llamando a su madre...



Yo mismo escuché el gemido...

Era alguien o algo que expresaba con triste sonido y voz lastimera la pena y el dolor de un corazón afligido.

Alguien, algo... una voz... ¿Qué me ocurría?

Estábamos ya en el parque denso de oscuridad viviente.

El que gemía o su eco —¡allí estaba, Dios!— se dolía para ser oído entre la arboleda invisible próxima presentida. Todo callaba menos aquella afilada y temblorosa lengua de aflicción.

Los caballos trotaban lenta, penosamente. Al menos, así creí advertirlo en mi aturdimiento. Irritado de pronto, alcé el brazo en la negrura de la noche y amenacé a la voz o a su eco, ¡maldita sea! con el puño airado. Era un gesto imbécil. Pero yo quería seguir pensando solo en mi Roland; sí, sí en él, mi único hijo, frágil de cuerpo, profundamente sensitivo de alma, pálido, blanco... y aquello, el gemido, me había distraído cuando acaso Roland, mi Roland, entonces mismo, pudiera estar muriendo... mientras yo iba hacia él despacio, demasiado despacio, por mi culpa.

«Ven. Ha empeorado».

«Doctor teme meningitis. Te llama día y noche. Apresúrate».

Dos telegramas a los que yo había llegado tarde porque el tiempo es oro en la ciudad y ésta tiene sus leyes inexorables y en esas leyes está escrito: no es bueno que el hombre esté solo, alejado de los suyos por algo tan simple y vulgar como el veraneo. Entonces el hombre siente repugnancia por su hogar habitual y busca amores suplentes que le sacien y entretengan, que llenen el vacío temporal. Ciudad, trabajo, veraneo, ausencia... Y los dos telegramas allí en el recibidor amplio, otras veces acogedor, ahora silencioso y abandonado, esperando, esperando con la voz de Roland hecha letra de mensaje escueto sin apenas fuerzas para llamarme «día y noche».

En la estación, a una legua de nuestra casa, mi criado no había sabido decir más que:

—Sí, señor. El señorito Roland está mal, muy mal. Eso dice el doctor.

Después, salvado el tramo de carretera descarnada, entraríamos en el bosque y al llegar a las ruinas de la antigua mansión (un bulto informe de yedra y vestigios de ruina) el gemido estúpido. Sí, no deliraba. Escuchad conmigo. Ahora se oye otra vez. El cochero, mi criado, dijo sin descomponer su quietud, hecho masa con las riendas y el látigo:

—No sé, señor. El bosque siempre está hablando con sus ruidos.

Y urgió a las bestias que aceleraron el trote.

La noche no cedió hasta el pie mismo del portal, en la luz de la vela que sostenía con las dos manos mi esposa. Pudo haberme reprochado la tardanza, siquiera fuese con un gesto; pero se limitó a decirme:

—Ven, vamos a verle. Estará dormido.

Ya la vela en el candelabro, sus manos buscaron las mías. Con tal intensidad sentí el temblor de su desamparo que me prohibí con inesperado rigor el desahogo de un sollozo que trepaba desde mi corazón.

Roland dormía.

Más pálido aún, los cabellos lacios y desordenados.

Húmedos y enrojecidos los párpados. Aunque había en su aparente postración un no sé qué pujante, tenso y vital. De pronto, abrió los ojos y fijándolos en mí con imperiosa exigencia dijo:

—Ven papá. Que se vayan todos. También mamá. Ella ya lo sabe. Pero el que podrás, el que lo harás eres tú...

Mi esposa, aun sabiendo inútil su advertencia recordó:

—Roland el doctor dijo que...

Lacónicamente, sus manos buscándome con ansia, respondió.

—El doctor sabe que no estoy enfermo.

Y se incorporó con vigor. Su madre me envío desde la puerta —¡siempre habría una puerta! —un beso con esperanza.

—Papá, yo sé que tú puedes ayudarle.

—Ayudar, ¿a quién?

—A él. Está en las ruinas.

—(Sabía a qué se refería, pero pregunté) ¿Cuáles?... ¿En dónde?

Roland estaba dentro de mi reciente recuerdo. El era luz de linterna en una cueva cuyos accidentes conocía de antemano. Se impacientó. Musitó un «¡hay que darse prisa»!

—Papá... Al pie del paño de tejadillo roto, en el arbusto mismo de enebro... a un lado y a otro de la puerta vacía, no lo sé, habla él todas las noches para quien quiera compadecerse de su alma. No, no me digas que lo he soñado. Verás, papá. Yo quiero que ahora mismo vayas tú allí. Después tú lo verás, lo podrás comprobar mi enfermedad ya no me retendrá aquí, entre otras razones porque no ha existido... Aquello es algo real, natural... alguien quiere entrar en una casa porque... bueno, papá. Ve, por favor y vuelve pronto. Yo sé que tú lo harás. El y yo lo necesitamos. Mientras tanto algo que pesa mucho dentro de mí me retendrá aquí.

En torno a nuestra casa la noche era un falso remanso de sosiego y serenidad. A partir de allí, como

desde una meta de salida, con todas las misteriosas criaturas del bosque como espectadores, comenzaría mi forzada exploración en busca de algo (¿o alguien?) que —esto lo sabía yo por mi mismo— había anunciado su existencia natural en el gemir reiterado que yo escuchara y también el cochero que disimulara seguramente sabiéndolo, sintiéndolo en su miedo más que yo.

Fui andando. Me acompañaba la vieja linterna telescópica que esta vez abría el haz de luz de par en par y eso que me sabía el camino como el trazado de mi propia casa.

A la izquierda, las caballerizas y anejo un edificio chato de color ladrillo, silueta negra en aquel momento, en donde la luz interrumpida a veces por las sombras humanas denotaba la vida del interior. Intuía, por un pegadizo desánimo que me hacía inoperante, que no encontraría allí más referencia que la que mi criado y cochero había telegráficamente manifestado.

—¿Qué podéis decirme de unos ruidos, de voces y llantos por aquí? —pregunté no obstante, después de dar mi parabien y recibir su bienvenida. Eran —no lo he dicho todavía por culpa de mi excluyente atención dirigida a lo que buscaba— el mayordomo y su mujer.

Contestaron como niños en la escuela primaria.

—Señor... ruidos, voces... ¿quién puede hacer caso de habladurías?

—Pues, ven tú conmigo a comprobar que nada hay...

Me estaba dirigiendo al hombre. Dio casi un salto para atrás.

—Yo, yo... señor...

—¿Tienes miedo?

Había servido conmigo en la campaña de ultramar. Se irguió en posición de firme y espetó:

—A sus órdenes, señor.

Su mujer no tenía reserva castrense alguna.

—No lo hagas. ¿Qué dirán en el pueblo cuando lo sepan?

Se entremiraron uno y otro.

—Señor, déjenos estar. Podemos —seguía hablando ella— contarle lo que nos han contado. No más. Pero déjenos aquí con nuestro trabajo.

La rústica versión de la pareja fue decepcionante. (Un fantasma más. ¡Por favor, allí en aquella verde tierra rica en almas en pena y en aparecidos!)

—Sí, señor. Un fantasma.

—Y, ¿qué hace, qué dice?, pregunté casi con buen humor, olvidando que aquella banalidad era la que tenía según el doctor, en cama, peor que mal a mi hijo, a Roland.

—Es una voz de niño que llora y llora. Después, cuando parece que ya no está que se ha ido rompe a gritar: «Mamá, déjame entrar». Y asi muchas veces.

—¿Esto es todo?

—Señor... él —por su marido— lo oyó una sola vez y le tuve en cama una semana con fiebres y delirios.

No quise insistir. Hubiera parecido mi reiteración disimulo de mi propio miedo naciente que ni siquiera me rozaba aunque ya me diera que pensar.

Estaba ya allí. Caballerizas, ruinas de la casa vieja y hogar habitual formaban caserío próximo.

Sin la ayuda luminosa de la linterna, todo a mi alrededor era negrura absoluta. Me constaba la existencia de cuanto, de día, hubiese dado fe de su existencia con solo una mirada en torno. Las colinas, también verdes del fondo. Los tejados del pueblo sencillo próximo. La georgiana arquitectura de mi casa. Pero sobre todo el bosque, la espesura limpiamente delimitada en los claros y en el lineal dibujo de los senderos, principalmente en la calzada. Más parecía jardín que naturaleza libre, desarrollada con abundante albedrío. No. Tampoco había cendales de nubes bajas ni difuminado de niebla. Era todo negra y limpia transparencia. Lo menos adecuado para encontrar espíritus errantes, me dije para poner ánimo en mis pujantes presagios.

Estaba ya dentro de las ruinas, seguramente en lo

que fuera hall abierto en óvalo interrumpido por un pequeño recibidor de discreción del que solo quedaban los muretes engualdrapados de verdura, de forma que parecían muros altos que, al fin, «abrían» la entrada por bajo una puerta vacía que no cabía llamar abierta, puesto que nada allí aparecía cerrado.

En el silencio quieto del instante me dije: ¿por qué alguien puede pedir «entrar» aquí?

En aquel mismo momento, comenzaron los gemidos que yo ya conocía, mejor dicho la cuenta de ellos con el primero y más pronunciado. Retrocedí instantáneamente. Avergonzado de mi reacción alcé la voz para preguntar como quien tira piedras al vacío:

—¿Quién está ahí?

Y remaché, crispado por mi propia debilidad manifiesta:

—¿Hay alguien ahí?

Ahí, allí era sitio indeterminado porque, vamos a ver: a mi derecha (estaba de espaldas a la «entrada» a la «puerta vacía») no había más que un enebro no había más —¡lo juro!— que el resto de tejadillo del que me hablara Roland.

No pude seguir reflexionando.

Tras el gemir se oyó el sollozar.

Sí, era un niño en pleno llanto desconsolado. Debía estar caído en el suelo, enfrente de mí, creo. Inmediatamente, el haz embutido en rayo recto de luz indagadora, casi penetrante de mi linterna, me dijo que no, que allí no había algo, es decir nada. Y estaba recorriendo en círculo el reducido ámbito, cuando la voz empezó a llegar hasta mis incrédulos oídos.

Al principio fue solo un «Mamá»... «Mamá»... Pronto —mi linterna encendida se había ido sin control para el cielo— la voz dijo lo esperado: «Mamá, déjame entrar»... «Déjame, no me tengas aquí»... «Sé que estás ahí dentro»... «Mamá, déjame entrar».

Os haré una recomendación. Si ahora retenéis vuestra atención en la letra de lo que la voz decía, no alcanzaréis a saber «cómo» era dicho aquello. Tampoco yo podré describirlo. Tal vez pueda ayudarme

el recuerdo de los gritos mudos de los personajes de pesadilla, de los sueños racionales con protagonistas conocidos que todos podríamos contar. Como la carrera paralizada del que huye o la intensidad blanda del que besa o ama con frenesí en esos mismos sueños sin gozo. Todo brutal y al mismo tiempo suave y tierno. Una lanza fiera embotada en terciopelo dorado mejor que rojo. A ver si acierto por fin en mi propósito y logro explicaros un poco, una pizca para vuestro bien y el mío. Era la infantil voz como llegada del mar, nacida en una ola y rota en mil gotas en la espuma que rinde su fuerza en la playa. Sobrecogía hasta el espanto y daba lástima. Por ello no movía yo un músculo a pesar de que todos se me querían ir para la luz de las caballerizas o la más definida y segura de mi casa.

En todo aquello —iba a decir irreal, pero, lo repito y repetiré hasta que sea preciso, *natural*— una cosa también invisible en la noche, dejaba que me aferrase a lo tangible: era el joven árbol, el oloroso enebro. A él me asía con desesperación y eso que hacía no sé ya cuanto tiempo que el silencio había ocupado el sitio de la voz y ni los gemidos se oían. Se me ocurrió de pronto hablar con la planta, pero en voz alta porque cuando hablamos con nosotros mismos en la soledad absoluta de una noche sin luna y con estrellas veladas por la calina, el silencio crece como lava de volcán frío, gelatinosa y concluimos yertos sin morir.

—Enebro amigo. He de volver aquí más veces, sé que estás ahí. No me fijaré en más cosas. Ni en el tejadillo ni en la puerta vacía que solo un visionario llamaría abierta. ¿Abierta a quien? Sin embargo él ha pedido entrar y para entrar hay que abrir. Enebro amigo. Los hindúes cuando conviví con ellos quisieron convencerme de la certeza de la reencarnación. Si tu eres alguien, sabe que yo he oído clara y terminantemente, como notario de mi propia observación, la palabra, la angustia, el clamor del alma sola de esa criatura que no he podido ver porque no soy como tú que sí la habrás visto, que la conocerás porque forma

parte con vosotros de este bosque que por el día duerme para ser paisaje y por la noche se trueca en vida palpitante, en miles de puertas abiertas por donde los espíritus entran y salen...

Miré a los lados con temor por haber sido escuchado, sorprendido. Nadie. El bosque me garantizaba el secreto. Mi mano fue lentamente reconociendo hoja por hoja el ramaje del arbolillo testigo. Respiré hondo y rompí a andar como si en vez de piernas fueran muletas las que me sostenían.

En la puerta de mi casa, el «tonó» del doctor, me dijo quienes y cuantos esperaban mi regreso.

Mi esposa se adelantó a la noticia médica:

—Está dormido y descansa. El doctor dice que ha sido por tu llegada. Y tiene mejor semblante. ¿Verdad doctor?

El maletín cerrado del galeno denotaba prisa. Algo advirtió en mí porque con un pie en el estribo me citó para el día siguiente:

—Necesito hablar con usted. Por cierto, es sorprendente la similitud de mirada entre los dos; entre Roland su hijo y usted. Hay la misma luz intencionada en ambos.

—Pero, ¿le encuentra mejor?

—No lo sé. Su sueño de hoy es reparador, no de letargo como otros días. Por eso no he querido reconocerle otra vez. Mañana a estas horas, ¿le parece?

—Sí, gracias.

—Y usted, descanse también. No piense tanto... ¿Me comprende?

Ella, cogida de mi brazo, cediendo un tanto al voluptuoso mimo tanto tiempo ausente del mundo de sus sentimientos, preguntó curiosa:

—¿Qué ha querido decir cuando ha hablado de vuestra forma de mirar?

Irrumpiendo insólitamente en mi serenidad, un temblor convulso me delató cuando con dos dedos tomé la taza de té que me ofrecía ella. Fue tanta mi agitación que el líquido oscuro fue para el suelo. Al

mismo tiempo, sentí tanta debilidad en las piernas que me dejé caer sobre el sillón.

Fue tan súbita su alarma que iba ya corriendo para la puerta mientras gritaba:

—Todavía estará cerca el doctor...

¡Era tanto todo!

Con voz seca y ronca distinta a la mía, retuve su propósito:

—No... ven... ha sido un pequeño mareo... Ven aquí... ¿Me oyes?

Y crucé los brazos porque sabía que con las manos fuera de su protección, el temblor sería delator de mi estado.

¿Que qué me ocurría?

Me constaba que enfermedad alguna tenía que ver con mi situación. Como Roland dijera de si mismo, yo no estaba enfermo. Mas había algo en mi ánimo que me apretaba los adentros de las emociones, el nudo ese que tantas veces se torna angustia y dolor cuando la depresión muerde. Además, un ansia por volver allí, a las ruinas me impelía aún, sin dejar de postrarme como cuerpo derrotado.

—¿Te pasa ya?, inquiría acariciante mi esposa.

Iba a responder y vino por el aire la voz de Roland.

—Papá, papá...

No era voz débil o teñida de cansancio.

—Papá, papá... ven...

Era invitación alegre.

Ya estaba reviviendo. El color anunciaba el paso de la sangre por las mejillas y un destello vivaz en los ojos, que no dejaban de mirar lejos hacia allí, hacia la «puerta vacía», «abierta», eran presagio de que Roland comenzaba a latir al unísono de mis primeros pasos.

—Nadie sino tú podrá hacerlo, papá.

—Pero, hijo... ¡si apenas sé un poco!...

—Tú lograrás que él sea feliz. Estoy seguro.

Mi esposa, tras de mi inclinada figura, me tomó del brazo con intranquilidad:

—¿Quién te ha contado?... El no ha podido ser...

Bueno, sí, cuando quedasteis solos... Por favor, ¿también tú creerás en eso?

Estaba auténticamente rendido de sueño. Roland se hizo a un lado y haciendo las veces de padre, me recogió en sus brazos y tranquilizó a su madre con increíble serenidad:

—Déjale. Está muy cansado. Dormiremos juntos. Sobra sitio para los dos.

Ella obedecía como si soñara.

—¿Queréis otra almohada?

—Mejor.

Ya solo recuerdo que Roland me decía muchas cosas, todas ellas referidas a «él», al que gemía, sollozaba y quería «entrar».

Dormí, según me dijeron después, casi veinticuatro horas. No así Roland a quien quise despertar con un susurro ya de noche, para decirle que iba a volver a nuestro sitio. Dormía con aplomo. Su respiración denotaba una absoluta normalidad corporal. Mi esposa, al pie mismo de la cama me dio su recado, con preocupación:

—«Di a papá —me ha dicho antes de darse al sueño— que estoy muy contento». Pero —me advirtió— mira por favor su semblante.

Sí. Roland parecía otro; había a pesar de ello en su rostro huellas de angustia reciente que demacraban sus pómulos recobrados, su boca y el fruncir de sus cejas. Se diría que era un cuerpo incompleto. Un modelo de arcilla arañado o una imposible estatua enflaquecida.

—También ha hablado de algo que no he entendido. Dijo: papá nos salvará a los dos porque «él» no entrará solo a donde debe. Y no se refería a ti, sino al «otro»; bueno yo no creo en esas cosas.

Había llegado el doctor.

Le dije que debía excusar mi prisa... Ante mi sorpresa me propuso con sonrisa maliciosa:

—¿Quiere que le acompañe?

Estaba en el escozor de la burla que la pregunta contenía. Sonó el timbre y en seguida la prisa mani-

fiesta de dos golpes de nudillo en la madera recia y vieja de la puerta.

—Aquí estoy. No pude llegar antes.

Era el Reverendo. Alto varón de siempre vestidura negra y alzacuello grande que con el movimiento de la nuez se parecía mucho a un aro de malabarista. Así en el pueblo le decían con humor contenido por el respeto, «Alzareverendomóvil». En la casa era el mentor constante de mi esposa.

Con las manos en las recortadas solapas del abrigo leve, buscaba con la mirada. Entró en el grupo ella, sonrió a todos y después de ofrecerme su cortesía con una palabra rápida, «Permiso» fueron los dos para la habitación de Roland. Pensé en seguirles pero el médico me retuvo con el gancho de un aviso mordaz:

—Para mí es más exorcista que sacerdote. Más católico que presbiteriano. Irá a imprecar a los demonios. Déjele usted.

No tardó. Solo en mí miraba. Como si hubiera estado en el ánimo burlón del doctor y supiera de corrido mi experiencia nocturna, propuso:

—Si no les importuno, iré con ustedes.

A partir de este punto la narración rompe el hilo de los acontecimientos y se hace ovillo caótico en el que cabrá todo: burla, miedo, terror, incluso, curiosidad, misterio religioso con el más allá de fondo...

La linterna del Reverendo era candil colgante, protegido por pegoteadas paredes de cristal sucio. El doctor iba sin luz, las manos en los bolsillos. Sabía como nosotros a donde íbamos y en donde estábamos; pero lo preguntaría todo como los payasos en el circo:

¿Es aquí?... ¿Es éste el enebro?... ¿Ocurrirá bajo el tejadillo este?... Si llueve servirá menos que paraguas de niño.

Tan dispar y poco consecuente era el grupo que formábamos que iba yo convencido de que no habría gemidos ni sollozos, menos voces. Era impensable la intimidad entre «él» y nosotros.

A la contra de mis presentimientos, todo empezó «bien».

Las luces de la vivienda del mayordomo se apagaron de pronto y oímos claramente las voces de los que con incomodidad y alarma preguntaban por la causa del apagón. Los caballos piafaban con fuerza y relinchaban, diríase con histeria.

Sabía yo que aquel prólogo no tenía relación alguna con lo que allí íbamos buscando. No me sorprendió por tanto que la luz retornara con normalidad y los caballos rescataran el descanso. El cielo estrellado y la noche tranquila eran simple presagio de hora tranquila.

Bastó, a la postre, que el doctor preguntara con suficiencia: «Y, ¿ahora?» para que el enunciado del primer gemido hilvanara el aire, para coserlo en seguida con otros muchos más. Debió irse para atrás el incrédulo porque algunas de las pocas tejas supervivientes cayeron al suelo.

—¿Acústica reflejada, Reverendo? —preguntó con un resto de voz.

Su miedo era mi fortaleza. Su dudar trémulo, clarividencia mía. Eramos el veterano que actúa en la línea del frente como si nada pasara y el novato que ve en el correr de una liebre el ataque del enemigo emboscado.

Del alzacuellos oscilante del Reverendo quieto en su blancura delatora dentro de la oscuridad, no llegó respuesta para el médico asustado; sí en cambio una mano que se aferró con fuerza a mi brazo. Mano izquierda justamente porque la derecha estaba en la boca con el dedo índice reclamando silencio.

La «voz» fue aún más clara. La congoja más lacerante.

—Mamá, ¡mamá!... ¡¡Mamá!!...

Otro silencio.

—Déjame entrar... ábreme...

El Reverendo no dudó y se postró de hinojos en el sitio mismo donde estaba, a unos centímetros del enebro.

—Es «él» —musitó casi para sí mismo aunque yo le oyera—. Es él... Wylly... Wylly... —Hasta que repitió el nombre en voz alta, en grito apremiante...—: ¡Wylly!... ¡¡Wylly!!... Sé que eres tú...

Un gemido distinto interrumpió la imprecación del Reverendo.

El médico, abatido arrastrando tras sí buena parte de la yedra se hizo madeja de miedo en el suelo.

El niño parecía no escuchar.

—Déjame entrar, mamá, ábreme. Esa puerta, mamá. Por favor...

La blancura del alzacuello se alzó de nuevo y en su agitación pareció pañuelo blanco o, mejor, banderola de señales de un barco en peligro.

—¡Wylly!... Debes saberlo. Tu madre murió entonces. Tú llegaste tarde como siempre. Y el Buen Padre ha querido que hasta hoy estuvieras aquí llamando. Otras almas sensibles como la tuya hàn sentido tu clamor y aquí está, sobre todo un niño a quien tú no conoces y a quien debes devolver la paz...

Hubo como un estertor y una ronca voz de rabia que nos hubiese hecho dudar si no supiéramos que «él» estaba allí.

—¡¡¡Quiero entrar!!!... Abrid esa puerta...

El Reverendo estaba seguramente de puntillas y en un contraste de luz lejana puede ver su mano derecha alzada en ademán de bendición.

—¿En nombre de Dios, Wylly? —preguntó con espantosa duda.

El enebro se estremeció como si fuera a arder.

—¡Maldito sea! —fue la respuesta.

—¡Dios mío! —gritó el sacerdote antes de caer gimiendo él esta vez en tierra.

De regreso a nuestra casa, en un paseo de pocos metros que pareció eterno, el médico, repuesto, quiso imbuirnos en argumentos parapsicológicos, en la filosofía del ensueño y en la probabilidad de que en espiritismo existieran medios concretos para traer del más allá, si no aparecidos cuando menos mensa-

jes. El Reverendo y yo, sin decir palabra íbamos queriendo llegar.

A pocos metros de la puerta, sin ruido alguno por nuestra parte, solo con el aldabonazo de nuestro deseo por entrar, salió llena de alegría mi esposa.

—Ven, ven pronto. Ha merendado y me ha dicho que de mayor será escritor para contar su experiencia de ahora. «Todo lo ha conseguido papá» ha repetido mil veces. Después se ha dormido arrebujado en el embozo, con el brazo por debajo del almohadón, como a él le gusta.

Corrimos a la par el Reverendo y yo. El viento a nuestra espalda cerró la puerta y el médico, retrasado en su lento caminar y cavilar, quedó fuera, dentro de la noche.

—¡Dios mío! —suspiramos a la vez.

La cama de Roland estaba vacía, aún tibia, caliente en alguna de sus partes. Y la ventana abierta a un viento que movía las cortinas pero que no se advertía ni se sentía más.

Nos miramos.

Poco después, el timbre y uno, dos, tres golpes en la puerta.

Ella dijo.

—Será el doctor.

El Reverendo y yo, muy despacio y mirándonos mientras avanzábamos paso a paso hacia la entrada pensábamos en lo mismo aunque ninguno acertara a decir hasta donde.

La voz de Roland venía del otro lado del dintel.

—¡Mamá!... ¡Mamá!... ¡¡Déjame entrar!!... ¡¡Por favor, mamá, ábreme!!

Ella me miró.

El Reverendo detuvo nuestra iniciativa y tras hacer en el aire y en sí mismo la señal de la cruz, abrió la puerta.

Roland allí mismo, blanco muy blanco, los ojos todo luz, la mirada extraviada estaba allí... no en las ruinas, sino allí.

Cada vez con voz más débil repetía:

—¡Déjame entrar!... ¡¡Mamá, mamá; ábreme!!

Le tomé en brazos. Cuando entró conmigo estaba ya muerto.

Luego supimos que, a la misma hora, en la «puerta abierta» vacía de las ruinas, se había escuchado un atronador portazo. Algo se había cerrado para siempre.

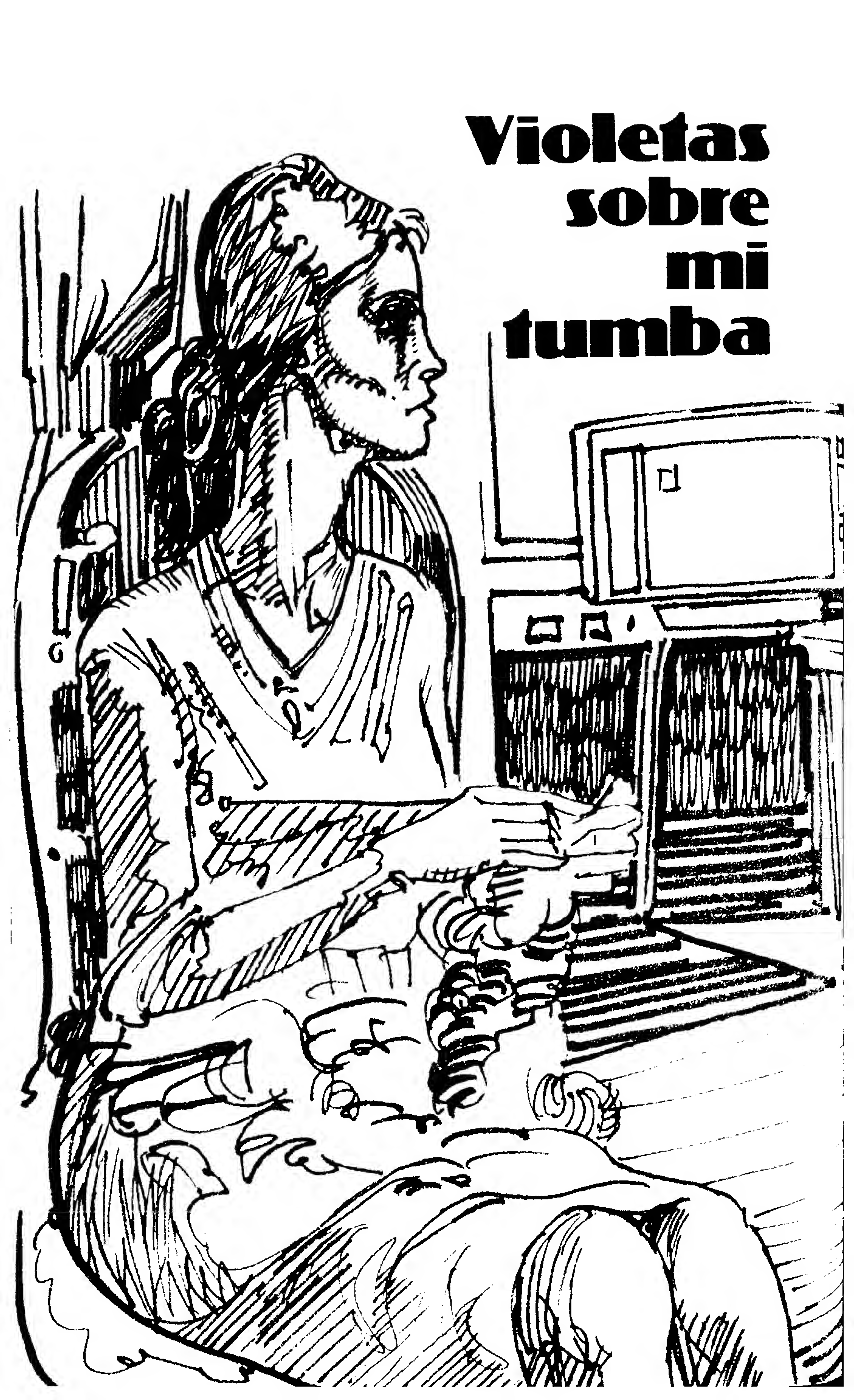
Por último, el Reverendo nos dijo con cansancio miedoso.

—Wylly existió hace veinte años. Murió de diez y maldijo al morir a todos los que como él encontraron puertas cerradas.

Por ello, en el epitafio de Roland mandé escribir, grabar quiero decir:

—«Pudo entrar»... «La puerta estaba abierta».

Violetas sobre mi tumba

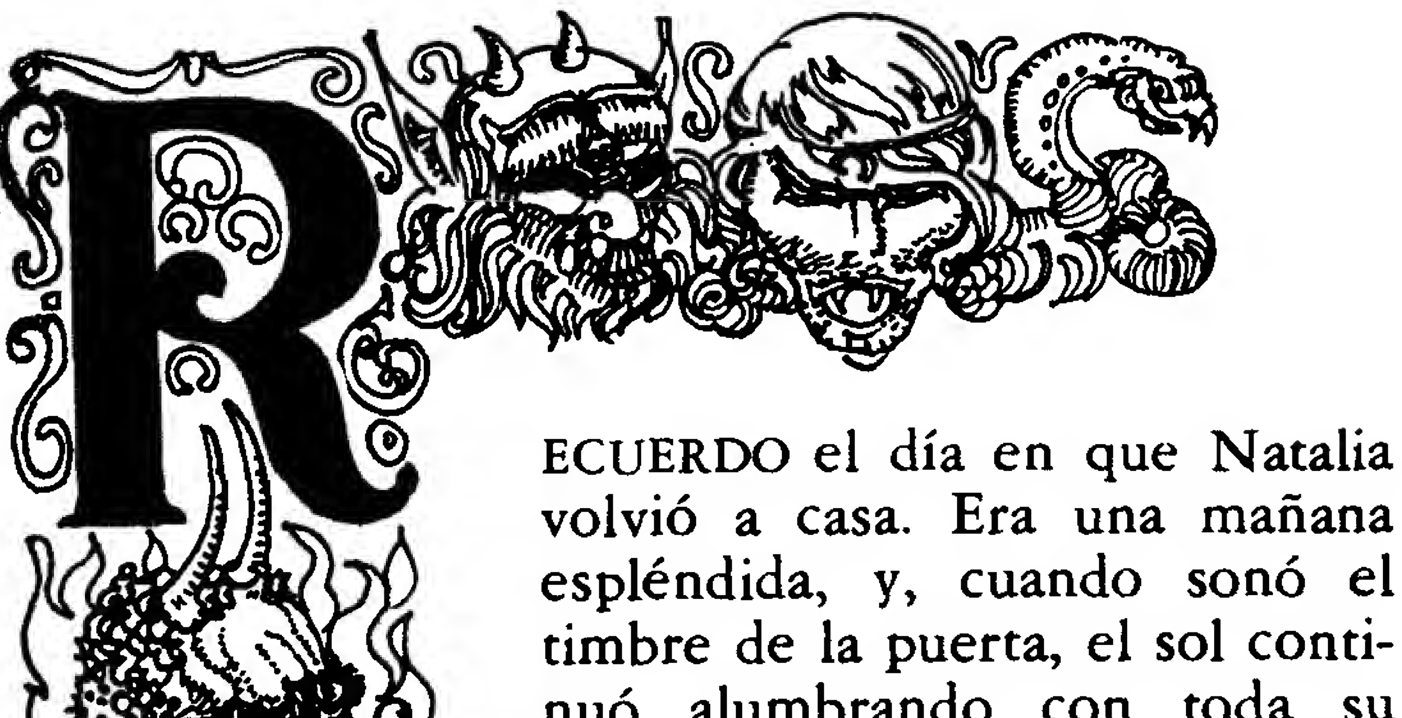



VB

Violetas sobre mi tumba

P. Martín de Cáceres

Alguien escuchó sus anhelantes súplicas y, aunque rehusaba hacerse preguntas sobre el prodigio, el hecho cierto es que tenía de nuevo a su esposa en casa: bella, esplendorosa, servicial y... distante.



ECUERDO el día en que Natalia volvió a casa. Era una mañana espléndida, y, cuando sonó el timbre de la puerta, el sol continuó alumbrando con toda su fuerza. No se produjo ningún fenómeno extraordinario que anunciara su regreso; no hubo un trueno horrísono cuando ella apareció en el umbral; los retratos de otros miembros de la familia, ya fallecidos, no volvieron los ojos hacia la puerta de entrada; las luces del pasillo no parpadearon; ninguna ráfaga de viento agitó las ramas de los árboles del jardín. Simplemente sonó la campanilla anunciando que un visitante se hallaba esperando en el porche y yo me encaminé hacia allá con intención de franquear la entrada a quien fuese.

De pronto, al asir el pomo de la puerta, tuve la sensación de que en el exterior no había nadie, y abrí dispuesto a escuchar la risa lejana de algún chiquillo que se regocijaba por haberme gastado una broma. Por eso, cuando vi a Natalia detenida junto al umbral y mirándome con fijeza a los ojos, sentí que las fuerzas me abandonaban y caí al suelo sin conocimiento. Un instante antes de sumirme en una profunda in-

consciencia pude ver que ella entraba en casa y se encaminaba hacia su habitación.

Cuando recobré el sentido estaba tendido sobre el suelo del vestíbulo. Un rayo de sol penetraba a través de la pequeña ventana que da al suroeste, y en su seno bailaban cientos de partículas de polvo que ascendían y descendían en un continuo torbellino. Seguramente fue aquello lo que me hizo pensar en la escala de Jacob.

Permanecí unos instantes perplejo hasta que comprendí que, a juzgar por lo oblicuo del rayo de sol y el lugar por el que penetraba, el crepúsculo se hallaba próximo.

En la sala de estar alguien había encendido la luz, y, recordando la alucinación de que había sido víctima hacía no sé cuánto tiempo, mi mente sufrió un momentáneo bloqueo y permanecí durante varios minutos contemplando el mortecino rayo de sol, que, finalmente, fue haciéndose menos denso, y por último desapareció impidiéndome seguir el hipnótico vaivén de las motas de polvo.

Después las lágrimas acudieron a mis ojos. Natalia, que había fallecido un mes atrás, seguía siendo el único objeto de mis pensamientos, y hasta tal punto que, en más de una ocasión, me había parecido reconocer su silueta entre la gente que transitaba por la calle o entre las personas que hacían cola a la puerta de un cine.

Aunque la muerte es algo tan definitivo que en el mismo instante en que alguien fallece comienza el proceso que conduce al olvido, yo me había negado a la forzada resignación y continuaba buscando a mi esposa en el rostro de las demás mujeres: la línea de unos hombros me parecía la suya, la flotante caída de una cabellera me recordaba vívidamente su pelo castaño, el perfil de unas manos aceleraba los latidos de mi corazón al adivinar en ellas un reflejo de los suaves dedos de Natalia. En más de una ocasión había seguido a una mujer sólo porque su porte o algún

detalle de su vestimenta me recordaban levemente a mi difunta esposa.

Me incorporé trabajosamente al advertir que la proximidad del anochecer comenzaba a enfriar la atmósfera del vestíbulo. Mi vista se dirigió hacia la puerta de la sala de estar, cuyas luces no recordaba haber encendido, y súbitamente mis ojos tropezaron con algo cuya visión me produjo un momentáneo desfallecimiento: había alguien sentado en la butaca de Natalia. Di unos pasos temblorosos, y comprobé que hundida en el sillón se hallaba una figura de mujer, la visión de cuyo perfil me era hurtado por la sombra producida por la pantalla de la lámpara de pie. Avancé unos pasos más esforzándome por traspasar con mi vista la zona sumida en la penumbra, y finalmente percibí que unos ojos brillantes se fijaban en los míos. Eran sus ojos.

Apoyándome en la pared del pasillo, a fin de conservar el equilibrio, fui encaminándome hacia el comedor, y a medida que avanzaba, los rasgos de aquel ser tan querido iban apareciendo con mayor nitidez ante mi vista. Permanecí petrificado en el umbral contemplando incrédulo a Natalia que me miraba inmóvil, y juro que habría muerto en aquel mismo instante a causa del terror si no hubiera sido porque ella, incorporándose ligeramente en su asiento, me sonrió con una cierta dulzura y parpadeó cadenciosamente como disponiéndose a hablar.

Las palabras, no obstante, quedaron ahogadas en su garganta, y de nuevo se reclinó sobre el respaldo del sillón sin dejar de mirarme. Entonces yo, saliendo del estupor en que me había sumido la presencia de mi difunta esposa, avancé un paso en dirección adonde ella se encontraba y musité balbuciente su nombre. Di un paso más hacia ella, pero un leve movimiento de su cabeza me impidió continuar avanzando. Su gesto se tornó duro como el pedernal, y el brillo de sus ojos adquirió matices hirientes.

—No te acerques —articuló con dificultad—. No te acerques.

Yo permanecí donde estaba y tan sólo tuve fuerzas para pronunciar de nuevo su nombre.

—... Has vuelto —añadí después con un hilo de voz.

—Tú me has obligado —repuso ella con una sonrisa helada.

—Natalia... —repetí atónito.

—Tú me has obligado —recalcó lentamente.

Yo tomé asiento en una silla cercana a la puerta y desde allí seguí contemplándola con ojos asombrados. Juro que, más que miedo, experimentaba sorpresa; igual que cuando alguien que ha partido de viaje regresa unas fechas antes de lo esperado.

—Has vuelto —musité incrédulo.

—Sí —repuso ella dulcificando el gesto y sonriéndome de aquella forma tan particular—. Gracias a tí —y añadió al advertir que me disponía a aproximarme a ella:

—No te acerques.

Yo, al ver el horrendo sentimiento que durante un segundo afloró a sus ojos, continué donde estaba.

—He deseado con tanta fuerza que regresaras... —manifesté sin dejar de mirarla—. ¡Dios mío! ¡Con qué fuerza he rezado para que volvieras a mí!

—Aquí estoy —dijo ella con dulzura—. Alguien ha escuchado tus súplicas.

—¿Qu... Quién? —pregunté, arrepintiéndome al instante de haber formulado aquella interrogación.

—¿Quién? —repitió ella con una ira y un rencor infinitos en su voz—. ¿Quién? —repitió lanzando por sus ojos destellos lacerantes—. ¿No te conformas con haberme arrastrado de nuevo a este lugar? ¿Deseas saber quién ha escuchado tus repetidas y monótonas monsergas? Aquí estoy de nuevo —añadió con un tono más dulce y casi afectuoso—. Aquí me tienes.

—Mi querida Natalia...

—¿No tienes miedo? —preguntó con un punto de ironía en su voz—. ¿No te inspiro terror?

—Te quiero —afirmé yo evitando de aquel modo

comprometerme en cualquier dirección. Ella sonrió sagaz.

—¿No deseas hacerme preguntas? —demandó con decisión—. ¿No quieres saber...?

—No —interrumpí yo advirtiendo que era aquella respuesta la que deseaba de mí—. Me basta con tenerte aquí.

Ella sonrió dulcísima y me tendió los brazos, pero cuando ya me levantaba para acercarme a donde se encontraba, volvió hacia mí las palmas de sus manos indicando que me detuviera.

—Tendrás apetito —dijo como la cosa más natural del mundo. Y levantándose del sillón se encaminó hacia la cocina adonde yo la seguí. Mis ojos recorrieron la línea de su espalda mientras avanzábamos por el pasillo. ¿Qué quieres cenar? —dijo mientras arrojaba al cubo de la basura algo que había capturado entre sus cabellos.

—Cualquier cosa —repuse deteniéndome en el umbral.

Ella, diligente, abrió la mesita plegable y dispuso el servicio. A continuación encendió el fuego con gesto de disgusto, y cuando el par de huevos fritos con jamón estuvo a punto, lo depositó sobre el mantel y se sentó en el extremo de una silla esperando que yo hiciera lo propio.

—¿Tú... tú no cenas? —pregunté dubitativo.

—No lo necesito —adujo ella mirando con repugnancia la comida.

—Te has quemado el brazo con una salpicadura de aceite —le hice notar, pero ella, pasando un dedo sobre su suavísima piel, repuso:

—Esto no es nada —y en mi fuero interno creí entender que en aquella réplica se encerraba una secreta comparación.

Al término de la cena, recogimos la vajilla y arrojé los desperdicios a la basura. Al levantar la tapadera pude contemplar lo que Natalia había echado al cubo, y, a pesar de que sentí una náusea infinita, no hice ningún comentario, sino que, ocultando aquello

con los restos de comida, dispuse los platos en el lavavajillas.

—¿Café?

—No te molestes.

—No es molestia —declaró disponiéndose a prepararlo. Yo me había aproximado a ella para tenderle el filtro de papel de la cafetera.

—¡No te acerques! —exclamó revolviéndose como una fiera.

—Sólo quería...

—No te acerques —repitió ahora con más suavidad.

Durante la sobremesa, ella, como solía, se dedicó a hacer punto mientras lanzaba esporádicas ojeadas a la televisión. Yo, dispuesto a aceptar del todo aquella situación, intentaba concentrarme en el estúpido programa, pero en realidad mi pensamiento estaba muy lejos de allí, vagando entre las tumbas del cementerio.

De pronto caí en la cuenta de que mañana se cumplía el mes del fallecimiento de mi esposa, y, mirando de reojo a quien estaba sentada a una prudente distancia de mí, pude ver que sus ojos se hallaban clavados en mi rostro y que una leve sonrisa inquietante había aparecido en sus labios.

—¿Recuerdas todavía cuáles eran mis flores preferidas? —preguntó de súbito.

—Las violetas —repuse con un hilo de voz.

—¿Me las ofrecerás mañana? —añadió como si hubiera adivinado mis pensamientos.

—¿Estás... estás todavía...? —pero no me atreví a terminar la frase.

—Si lo que temes es haber perdido el juicio —declaró ella—, no hay razón para que pienses de ese modo. A veces es inútil buscar explicaciones a las cosas, y quien puede darlas sabe que no debe hacerlo porque, seguramente, sería malinterpretado. Deseo que mañana lleves esas flores a mi tumba —manifestó con decisión.

—¿Entonces...? —comencé a decir. Pero una mi-

rada heladora hizo que el resto de la frase no saliera de mis labios. Ella continuó haciendo punto, y en cierto momento introdujo su mano por el escote como para reacomodar uno de los tirantes del sujetador, pero una mirada furtiva me hizo comprender que aquel gesto iba encaminado a deshacerse de algo que la molestaba.

Mientras yacíamos en nuestras camas la contemplé en silencio. Su postura era hierática y sus manos descansaban ligeramente agarrotadas sobre su pecho. Su respiración era tan leve que ni siquiera la sábana se movía a su impulso. Sus cabellos rodeaban el marmóreo rostro y caían sobre sus hombros en una catarata desmayada. Una luz azulina y oscilante procedente de un reclamo luminoso situado en la fachada frontera a nuestra casa teñía la estancia con un tembloroso resplandor opalino.

En cierto momento creí ver que algo se arrastraba reptante por el cuello de Natalia. Me levanté sigilosamente y, aproximándome a su cama, trataba de observar más de cerca cuando, con la velocidad del rayo, sus ojos se abrieron, y de su boca surgieron unas palabras pronunciadas con una voz tan grave y subterránea que me forzaron a detenerme en seco.

—No te acerques —dijo. Y, tembloroso, regresé a mi lecho.

* * *

Compré unos ramilletes de violetas y traspasé la cancela metálica.

Mientras me encaminaba hacia el lugar en que se hallaba la tumba me asaltaron los más dispares pensamientos y, cuando me detuve ante la lápida del nicho, releí varias veces el nombre de mi esposa y la fecha de su fallecimiento. Mis ojos se clavaban con tal intensidad en la placa de mármol que, al rato, los caracteres dorados se tornaron borrosos y tuve que retirar la vista unos instantes para tranquilizarme.

En aquel rincón del cementerio, delante de la

tumba de Natalia, iluminada por un sol esplendoroso, me preguntaba si no estaría empezando a volverme loco a causa del dolor y de la soledad.

Durante muchos días había pasado las horas muertas sollozando en aquel mismo sitio y rezando a no sabía quién para que ella regresara a mí de nuevo. Tan urgentes e imperativos habían sido mis deseos que —no lo sabía a ciencia cierta—, o ella había vuelto de entre los muertos, o todo lo ocurrido el día anterior no era sino el síntoma de que estaba empezando a perder el juicio.

Cuando regresaba hacia casa, rodeado de gentes que transitaban por las calles y aturdido por el ruido de la circulación y el sonido del claxon de los automóviles, fui convenciéndome de que había sido presa de una alucinación momentánea, de perfiles tan vívidos, que nada de lo que entonces me rodeaba era sentido por mí con mayor fuerza que la presencia en mi desierto hogar de Natalia.

Al enfilar la calle aminoré el paso como si temiera aproximarme a casa con demasiada rapidez, y cuando me encontraba frente a mi domicilio, me detuve un instante y luego pasé de largo. Regresé de nuevo desandando el camino, y me extrañó ver las ventanas. cerradas y todos los postigos echados. Ya iba a introducir la llave en la cerradura, cuando alguien me llamó desde la puerta del jardín: dos damas de gesto circunspecto aguardaban junto a la puertecilla metálica. Sin duda era la avanzadilla de todos los vecinos y conocidos que se sentían obligados a pasar un rato en mi compañía a fin de depararme algún consuelo al cumplirse el mes de la desaparición de mi esposa.

Vacilé unos instantes sin saber qué hacer. Los acontecimientos del día anterior habían absorbido de tal modo mi interés, que no había contado con que tendría que dedicar la tarde a recibir visitas de gesto lastimero que, en contrapartida, esperaban encontrar en mi rostro una compungida expresión propia de las circunstancias.

Las dos damas se miraron un momento confusas

ante mi inexplicable indecisión, en vista de lo cual volví hasta la entrada y les franqueé el paso hacia el jardín.

—Hemos pensado —comenzó a decir una de ellas— que le consolaría tener un poco de compañía. Sabemos por amarga experiencia lo que significa la desaparición de un ser querido.

Sin poderlo remediar, recordé que hacía dos o tres meses habían enterrado con gran ceremonia en un rincón de su jardín un ridículo caniche que había perecido entre las ruedas de una camioneta de reparto a la que se empeñaba en seguir ladrando cada día.

—¿Quieren pasar? —pregunté deseoso de que se negaran en principio en aras de la cortesía, lo que me hubiera permitido no insistir.

—Sólo un ratito —repuso la mayor de las hermanas.

—La casa no está muy ordenada...

—Comprendemos —comentó la hermana menor.

Las conduje hasta el comedor y las invité a que se sentaron. Miraron en derredor con gesto aprobatorio al comprobar que todo aparecía limpio y en su sitio, y después suspiraron profundamente para demostrarme su profundo pesar en aquella triste fecha.

Excusándome, abandoné un momento la habitación y me dirigí hacia el dormitorio. Sentada en uno de los sillones frente a la ventana se hallaba Natalia contemplando la calle a través de la rendija de uno de los postigos.

—Gracias por las flores —dijo sin volver la cabeza.

—Amor mío... —musité aproximándome al sillón.

—No te acerques —manifestó ella sin volverse.

—He llegado a pensar...

—... ¿qué habías soñado? —concluyó ella.

—Te quiero.

—Lo sé —repuso volviéndose ligeramente—. ¿Qué esperas? —añadió.

Yo me mantuve en silencio sin dejar de mirarla.

—¿Acaso aguardas unas palabras de corresponden-

cia? —declaró—. ¿No te basta con tenerme de nuevo?

—Sé que me amas —repliqué en voz baja. Ella movió ligeramente la cabeza y enarcó las cejas.

—No me pidas declaraciones de amor —contestó finalmente—. En la situación en que me hallo eso carece de importancia.

—Sé que me quieres —insistí.

—Estoy aquí —repuso escuetamente.

—Has regresado a mí.

—Tú y otros, a los que no debo nombrar, me han forzado a hacerlo. Sufro de una congoja sin límites sumergida como estoy en la niebla del más definitivo olvido, y no pienses que mi presencia en esta casa aminora mis impensables sufrimientos. Estoy aquí, y eso debe bastarte —finalizó volviéndose de nuevo hacia la cerrada ventana.

—Sin duda alguna mujer de su familia no ha dejado de atender su casa —dijo una de las vetustas hermanas cuando regresé al salón.

—De vez en cuando.

—Me ha parecido que hablaba con alguien —opinó la otra.

Iba a responder, cuando vi con terror que la figura de Natalia avanzaba por el pasillo disponiéndose a entrar en el comedor. Las dos mujeres, a pesar de hallarse de espaldas a la puerta, debieron advertir mi súbita desazón, porque se apresuraron a preguntarme si me sentía mal.

—No es nada —repuse.

—Se acuerda de la pobrecilla —dijo una de ellas.

Paralizado por la impresión, pude ver cómo Natalia se detenía en la puerta de entrada y sonreía diabólicamente en dirección a las visitantes. Parecía gozar con la zozobra que me embargaba. Mi conversación se hizo incoherente y las dos mujeres se miraron de forma interrogante. Al cabo de un momento se pusieron en pie con intención de despedirse. Yo, de una forma que me pareció discreta, hice una seña en

dirección a Natalia indicándole que desapareciera del pasillo, pero al comprobar que ella seguía sonriendo, y al hacerlo mostraba los dientes de una forma que me resultaba estremecedora, comencé a sudar copiosamente. Finalmente, cuando volví a mirar en dirección a la puerta ya se había ido.

Previendo que nuevas visitas iban a hacer su aparición en el transcurso de la tarde, rogué a Natalia que se mantuviera alejada del salón, y al advertir en su rostro un gesto de burla, adivinando que no iba a hacerme caso, cerré la puerta del dormitorio con llave al salir.

Cuando un matrimonio de la vecindad llevaba cerca de media hora en la casa, sentí un fuerte golpe en la puerta de la alcoba. Mordiéndome los labios, fingí que no había advertido nada, aunque no pude terminar la frase que había comenzado. Al cabo de unos instantes los golpes se repitieron con más fuerza, y excusándome ante mis vecinos, me levanté diciendo.

—Perdónenme. Supongo que el perro se ha quedado encerrado en algún sitio.

—¡No consiento que me encierres! —exclamó apenas entré en la habitación—. Entre tú y otros cuantos ya lo hicisteis hace un mes cuando depositasteis mi cuerpo entre cuatro tablas, y luego alguien tapió la única salida.

—¿Cómo podría explicar a los vecinos...?

—¿Es esa tu única preocupación? —respondió.

—Prométeme que no saldrás de la habitación.

—No te prometo nada. ¿Quién eres tú para exigirme promesas?

—Soy tu marido —declaré.

Una cruel carcajada inundó el dormitorio, y temí que hubiera llegado a todos los rincones de la casa.

—¡Lo eras! —exclamó mirándome de forma lacerante—. Lo eras —repitió más calmada y fríamente.

Aquella noche, mientras yo miraba la televisión y ella hacía punto, la contemplé a hurtadillas. De vez

en cuando pasaba las manos por su cuerpo como si fuera momentáneamente presa de alguna comezón. Ignoraba si me había vuelto loco o si, al aceptar de forma tan natural aquella alucinante situación, estaba dando por sentado que quien se hallaba en aquellos instantes ante mí era el cadáver de mi esposa.

Temeroso de sacar el tema de conversación, una idea fue tomando forma en mi cerebro, pero, a fin de precisar más completamente el plan que había pergeñado, opté por apartarlo de mi mente hasta el día siguiente.

Natalia, tejiendo aquel interminable jersey, era la vívida imagen de la amable esposa y ama de casa, refugio del hombre que acude al hogar después de una dura jornada de trabajo.

De vez en cuando levantaba los ojos de su tarea y me miraba de modo amable y cariñoso. Comencé a preguntarme hasta cuándo había de durar su presencia o si dependía de mí o de otros desconocidos factores su permanencia a mi lado.

Y de pronto experimenté un súbito deseo de amarla.

Ella, como si hubiera adivinado mis pensamientos, depositó sobre su regazo la labor que estaba ejecutando, y me miró con cierta dureza.

—No me toques —dijo de súbito.

—Amor mío —suspiré—. Has vuelto a mí, y deseo estar contigo. No me puedes pedir que comparta tus días y tus noches manteniéndome alejado de tí. Te necesito.

—En el mismo momento en que tocaras uno solo de mis cabellos, habrías de lamentarlo de manera infinita.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—No me obligues a repetir lo que has oído perfectamente.

—¿Te das cuenta a qué clase de tormento estoy sometido al tener que permanecer a distancia?

—Y tú —repuso ella—, ¿te das cuenta, o puedes

siquiera imaginar a qué clase de tormentos estoy yo sometida, y de los cuales ni siquiera me libro al verme forzada a permanecer en tu presencia, no sé hasta cuándo? —concluyó.

Me mantuve en silencio, y una vez que yacíamos cada uno en nuestro lecho, después de que ella se hubiera desnudado hurtándome la contemplación de su cuerpo, la miré mientras dormía, y advertí que adoptaba la misma postura en que recordaba haberla visto por última vez en su ataúd.

Me levanté sigilosamente, y acercándome a su cama, sentí deseos de arrojarme sobre ella y hacerla mía, pero minúsculas cosas reptantes a la altura de su pecho me impidieron cumplir mis anhelos.

La tarde siguiente, delante de la tumba de Natalia, experimenté extraordinarios deseos de forzar la lápida y contemplar lo que hubiera dentro del féretro. Me esforcé en buscar algún motivo, por el que, de forma legal, pudiera procederse a la exhumación del cadáver, si es que continuaba allí, pero al cabo de infructuosas elucubraciones, comprendí que no existía modo alguno de lograr mis propósitos. A no ser que...

Mientras almorzaba frugalmente, Natalia permanecía a mis espaldas, y yo advertía que su lacerante mirada estaba fija en mí.

—¿No comes? —pregunté.

—Ya te he dicho que no lo necesito —repuso.

—¿Por qué no lo necesitas? —insistí con intención.

La respuesta que recibí, a pesar de que ya la conocía, heló la sangre en mis venas.

—Porque estoy muerta.

—¿Quién hay realmente en tu tumba? —pregunté arriesgado.

Un largo silencio se cernió sobre la estancia. Al cabo repuso:

—No intentes averiguarlo.

—No es posible —continué diciendo—. Estás delante de mí tan hermosa y apacible... ¿Cómo puedo

creer que no perteneces ya al mundo de los vivos?

Por toda respuesta, ella introdujo su mano bajo la rebeca que vestía y arrojó algo detrás del sillón. Luego continuó haciendo punto.

—¿Cómo puedes rechazarme, impedirme que vaya a tí, tú que siempre me deseabas? —manifesté.

Ella siguió tejiendo sin levantar la vista de su labor.

—¿Cómo esperas que permanezca viviendo junto a ti sin pasar la mano por tus cabellos o acariciar la línea de tu pecho?

El ritmo de su actividad aumentó ligeramente.

—¿Piensas que puedo permanecer impasible viéndote tan deseable como ... como cuando estabas...

Ella no hizo ningún comentario.

—Te deseo, amor mío, y quiero hacerte mía.

Ella, finalmente, depositó a un lado su labor de punto y me sonrió amable, y, con un gesto que yo no esperaba, abrió sus brazos y pareció invitarme a sumergirme en su regazo. En el mismo instante en que yo abrazaba su cuerpo sentí que sonaba el timbre de la puerta, y cuando al cabo de muchas horas recobré el conocimiento, me hallaba tendido sobre la alfombra del vestíbulo al lado de la puerta. El sol muriente entraba oblicuamente por la ventana que da al suroeste, y cientos de partículas de polvo subían y bajaban por sus rayos, lo que trajo a mi mente la historia de la escala de Jacob.

Aquella misma noche, decidido a llevar a cabo mis propósitos, me proveí de los instrumentos necesarios, y escalando con sigilo la tapia del cementerio, me dirigí hacia el segundo de los patios, donde está ubicada la tumba de mi esposa.

Procurando hacer el menor ruido posible, comencé a raspar los extremos de la lápida, hasta que, al cabo de varias horas, conseguí que el cemento cediera y la placa de mármol se removiera de su sitio. Ante mis ojos apareció una frágil pared de ladrillos que no tuve dificultad alguna en derribar. Miré hacia atrás creyendo haber oído un murmullo. La luna iluminaba

levemente el bosque de cruces de piedra y arrancaba apagados brillos de los templetes de mármol bajo los que yacían cientos de cadáveres putrefactos. El viento agitó nerviosamente un pequeño ciprés, y por un momento creí que se trataba de una figura humana que se dirigía corriendo hacia mí. La campana de la ermita emitió un leve tañido a impulsos de una ráfaga de aire.

Finalmente, apareció ante mí la sombra gigantesca del féretro. Comencé a tirar de él con ánimo de depositarlo sobre el suelo, ya que el nicho se encontraba en la parte baja de la pared, pero su peso era tal, que mis primeras arremetidas resultaron vanas. Descansando unos minutos a fin de recuperar las fuerzas, volví a tirar violentamente, y esta vez el ataúd salió unos centímetros de su emplazamiento.

Al cabo de media hora de denodado trabajo, chorreando sudor y con el corazón desbocado a causa del esfuerzo, tan sólo un palmo del sarcófago permanecía todavía en el interior del nicho. Un último esfuerzo bastó para sacarlo del todo, y con un golpe sordo, el pesado ataúd cayó a tierra.

Sin esperar ni un segundo, tal era la loca impaciencia que me poseía, destrocé con un martillo la cerradura del féretro, y con incontenible temblor comencé a levantar la tapa.

De pronto se hizo un silencio total en el recinto del cementerio. El viento se detuvo. Las aves nocturnas cesaron en sus ásperos graznidos. La luna desapareció tras una nube dejando sumido el camposanto en una semioscuridad tenebrosa. Pareció, incluso, como si los que reptan eternamente entre los muertos suspendieran por un instante su insaciable labor.

Un hombre levantaba lentamente la tapa de un sarcófago que había logrado extraer tras denodados esfuerzos del interior de un nicho, y, cuando los espantados ojos de aquella persona contemplaron el interior del ataúd, permaneció un momento tan inmóvil como el descompuesto cadáver que contenía el fére-

tro. Acto seguido, el corrompido cuerpo, entre cuyas engarfiadas manos alguien había depositado una labor de punto, se incorporó con un espasmódico movimiento, y elevando las agujas por encima de su descarnada cabeza, las clavó primero en los ojos del inmovilizado violador de tumbas, y acto seguido, un momento antes de regresar a su eterna posición, ensartó con ellas el ya casi inanimado corazón del para siempre ciego.




El llanto del niño
de al lado



El llanto del niño de al lado

Manolo Marinero

Vivaldi, Chopín, Beethoven... eran para él un perfecto y acogedor refugio con el que olvidar sus esperanzas ya frustradas de escritor consagrado... ¿Por qué, entonces, tenía que interferir en su paz el llanto de aquel niño y la resignación de aquella vieja cheposa y enferma que lo cuidaba?



EL llanto del niño de al lado era desgarrador. Pero muchas veces sucede así. Con aquél y con otros muchos niños. Lloran como si les dieran cuerda. Lloran como si les estuvieran matando. En ocasiones llegan a ser insufribles los niños llorones. Porque lloran expresamente por molestar.

Luis Nolasco pensó en sus auriculares. ¿Por qué se los llevaría a Miguel? Luis Nolasco pensó en las gomas rosas que se encajan en los oídos, que venden en algunas farmacias. Aquel llanto no era ya otra cosa, sino puros alaridos.

Era una casa de dos pisos, con cuatro viviendas. Una de las de abajo llevaba unos meses desocupada. A Luis Nolasco González, que vivía en el 1.º B, sus vecinos le respetaban (le querían en alguna medida), pero jamás le pedían favores. Luis era sociable dentro de los límites de la cortesía. Ellos guardaban con él cierta distancia. Nolasco era escritor. Y ellos lo sabían. Y quizás eso fuera agradable para todos; incluso se sentirían orgullosos de su cercanía hasta cierto punto. Pero también debían pensar que era inadecuado que un escritor viviera en aquel barrio popular, pequeño, antiguo y en determinada

manera incomunicado, aislado, aunque distante sólo a doscientos metros del ruidoso tráfico de tres importantes arterias de la ciudad. La calle era entera de casas bajas, propia de un pueblo. A todos aquellos que la debían cruzar les parecía un islote insólito. Apenas había tráfico. Salvo por la mañana, cuando las mujeres hacían sus compras en las tiendas, reinaba el silencio.

Luis Nolasco tenía cuarenta años, veinte menos que el promedio del vecindario de su calle. Había querido ser escritor, y era ahora un escritor de cuarta categoría, que trabajaba por las mañanas en un Ministerio, y que había publicado, a lo largo de veinte años, seis artículos en un diario de tirada media, dos libros de poesías, un cuento en una revista literaria, y una novela de mediana extensión. Pero se le podía considerar sin lugar a dudas un escritor, porque también había escrito tres novelas más, sin publicar, un centenar de poemas más, inéditos, y una docena de Cartas del Lector en distintos periódicos. Radio Metropolitana era su emisora favorita. Un locutor amigo le había entrevistado allí en dos ocasiones. En 1965 y en 1969.

En los últimos cinco años, desde el 76, Luis Nolasco González cada vez escribía menos. Había sacado en consecuencia que «el que algo quiere, mucho le cuesta». Otras veces, Nolasco decía: «el que algo quiere, demasiado le cuesta». No se llevaba mal con sus compañeros del Ministerio. Y cada vez le gustaba más escuchar música clásica por las tardes. Pero se le habían estropeado los auriculares la primera semana del mes, quince días antes, y cometió la equivocación de encargarle su arreglo a un amigo del Ministerio. El amigo, Miguel, tardaba mucho. Luis debería haber llevado sus auriculares a una buena tienda especializada. El llanto del niño de al lado era estruendoso. ¿Cómo lo podría aguantar la vieja de abajo, a la que su madre le había encargado que se lo cuidara?

Era imposible escuchar a Vivaldi. Nolasco se levantó del sillón. Caminó con disgusto hasta su tocadiscos, y detuvo el plato. Cogió el disco de Vivaldi y lo guardó en su funda. Al colocarlo en las baldas verticales, hizo resbalar un disco. Estaba nervioso. Era el disco de *Eddy Duchin*. Música ligera de piano, agradable, por Carmen Cavallaro. ¿Y si ponía aquella música sencilla, a todo volumen? No, no quería aumentar los sufrimientos de la vieja cheposa de abajo, que tenía que aguantar al crío a sus ochenta o noventa años. ¿Tendría más de noventa años la vieja de abajo?

A la mañana siguiente, al salir hacia el «metro», Luis Nolasco se cruzó en el portal con la vieja cheposa, que caminaba muy inclinada, con andares vacilantes, trayendo una barra de pan recién hecho. La saludó y estuvo a punto de preguntarle cómo podía tolerar a su edad el cuidado del crío de los de arriba. Pero se calló por prudencia. Luis Nolasco González era un hombre muy considerado. A veces no sabía a quién dirigir exactamente su consideración. Eso le pasaba en cada conflicto que surgía entre superiores y subordinados, o entre iguales, en su trabajo del Ministerio.

Mientras viajaba en su vagón, mirando la oscuridad del túnel entre América y la República Argentina, no dejaba de pensar en el por qué de sus vecinos para no buscar alguna mujer más joven y con más arrestos para cuidar a Paquito en sus ausencias. Claro que a veces la vecina, Angelines, sólo quería ir a por una docena de huevos o a por una docena de pinzas, y no iba a contratar a una *babysitter* por espacio de diez minutos.

Después de colocar los últimos expedientes en el archivero, Nolasco volvió la silla hacia la cristalera. Pensó en aquél día que se quedó enfermo, sin venir a la oficina. Escuchó perfectamente desde su cama la conversación en la escalera.

Angelines le pidió a la vieja que subiera unos minutos a cuidar de Paquito. El marido de Angelines era camionero y frecuentemente estaba todo el día fuera de la ciudad. Angelines tenía que comprar esas marcas de artículos de limpieza que Nolasco no ignoraba. Detergentes para la ropa. Lavavajillas. Limpiacristales. Jabón de fregadero. Sprays para el polvo de los muebles de madera. Insecticidas contra las cucarachas. Guantes de goma. La pobre vieja aceptó gustosa, como siempre. ¡Angelines debería tener la consideración, al menos, de bajar a Paquito al piso de la anciana! ¡Evitaría que ésta tuviera que ascender las escaleras con sus pequeñas piernas hinchadas, cruzadas de gruesas líneas moradas, que parecían estar a punto de estallar!

Y Nolasco, desde la cama, pudo escuchar los pesados y lentos pasos de la vieja jorobada subiendo hasta la puerta de al lado. Y escuchó también los pasos ligeros de Angelines bajando hacia la calle. Y en cuanto la puerta vecina se cerró tras la pobre anciana, ¡otra vez los alaridos de Paquito!

Nolasco hojeó el periódico sin especial atención. Desaprobaba que un diario serio admitiera aquella publicidad incalificable. Películas «S» en todas partes. Luis iba de vez en cuando a los cines más próximos de su vivienda. Lástima que muchas veces pusieran en ellos películas viciosas. Pero en fin, a él no le gustaba especialmente el cine. ¿Qué hubieran dicho Vivaldi, o Mozart, o Beethoven, de aquella publicidad indecente? Recordó de nuevo el asunto de los auriculares. Y decidió dirigirse a Miguel, al otro lado del pasillo, para rogarle diligencia.

Nolasco volvió a su mesa, satisfecho a medias por las promesas, muy firmes, eso sí, de Miguel, referentes a la devolución de sus auriculares. Pasó las hojas de el periódico, hurtando de su vista los dibujos escabrosos. Pensó que sería bueno que el piso desocupado de abajo tuviera de nuevo inquilinos. Podrían ayudar alguna vez a Angelines, cuando fuera al cine por la noche con su marido el camionero, encargán-

dose del pelmazo Paquito. Y además aliviarían la situación económica de la anciana, que no podía ser buena. Ella era la propietaria de las dos viviendas del piso bajo. Y llevaba ya unos meses sin poder cobrar la renta. Quizá, si la pobre dispusiera de más dinero, iría a ver a un médico. Las excrecencias cutáneas de su frente tenían ya un tamaño alarmante. Y un color negro rojizo así mismo de preocupar. No sería extraño que aquellas monstruosas verrugas fueran cancerígenas. Parecían sanguijuelas hinchadas de sangre podrida. Y la del labio, que no la permitía cerrar normalmente la boca, y la descubría los carcomidos dientes separados y amarillos, estaba al borde de reventar. Los médicos eran gente admirable —pensó Nolasco González—. Ellos *sí* serían capaces de contemplar un cuerpo como el de aquella anciana deforme, y como el de otras muchas, al desnudo. Ellos *sí* eran capaces de supurar la llaga de la mano de la vieja. La tenía entre el pulgar y el índice. Sin duda se había quemado con una sartén unos días antes. Pero Nolasco no recordaba haber visto nunca aquella mano en mejor estado. El escritor funcionario pasó las páginas de esquelas del periódico. ¡Cuánta gente se llamaba Martínez! Su jefe era don Sergio Martínez. Su amigo Miguel, el culpable de que ahora no pudiera escuchar tranquilamente a los clásicos por las tardes, Miguel Martínez. Y Lali, la secretaria de toses tuberculosas, Eulalia Román Martínez. Y el del estanco de la esquina de su calle, Ciriaco Martínez. Y los vecinos de abajo, los que se fueron sin despedirse, los Martínez Méndez. La vieja de abajo se llamaba Bibiana. ¿Cuál era su apellido? Luis Nolasco no lo recordaba. Pero no, no es que lo hubiera olvidado. Lo ignoraba. De ella sí tuvieron que despedirse forzosamente los Martínez Méndez, para pagarle el alquiler. La pobre chica de abajo sí que debía estar tuberculosa o anémica, o enferma de algo grave. Los meses que vivió bajo su casa cada vez ofrecía un aspecto más penoso, más apagado. Parecía que un vampiro le estuviera chupando la sangre.

En el camino de retorno, en la estación de los Ministerios, Luis Nolasco miró a una bonita joven, y bajó la vista. Luego se volvió hacia el mapa del «metro». Luis Nolasco González era muy grueso, de pequeña estatura, con ojos pequeños y juntos, y no era muy propenso a aventurarse en relaciones con mujeres. Su única novia le había dejado cuando empezó a fracasar en el mundo de las editoriales. A veces la recordaba con nostalgia y ternura. Otras, con rencor y desprecio. Pero el organismo de Luis Nolasco conocía sin duda el antídoto conveniente. Este había causado efecto durante muchos años. Luis Nolasco sentía más que nada hacia las mujeres indiferencia. Una disciplinada indiferencia.

El *«Canon y Giga en Re Mayor»* era una compra estupenda. Era de sus partituras predilectas. Luis volvía con la bolsa del disco bajo el brazo, como si guardara joyas, o algún objeto precioso. Entró en su angosta calle. Cuando llegó al portal se encontró con Angelines. Ella llevaba a su vez una caja de cartón, una caja de zapatos. Le saludó, y abrió la caja. Dentro estaban dos pequeñas crías de gato, de piel de nieve. Se los mostró con orgullo, con ternura. Le dijo que el del bar de la esquina se las había regalado. A su marido no le gustaban los animales, pero no sabría poner inconvenientes. A Nolasco tampoco le gustaban, pero no tuvo problemas para decir a su vecina que encontraba encantadores a los gatitos.

¿No podría escuchar tranquilo el *«Canon y Giga en Re Mayor»*, de Johann Pachelbel, magníficamente ejecutada por la Filarmónica de Berlín, magníficamente conducida por von Karajan?

La voz de Angelines le pedía esta noche de nuevo, al pie de la escalera, a doña Bibiana que hiciera el favor de cuidar al temido Paquito. La madre iba a cenar fuera con su marido y unos amigos. La voz le hizo daño a Luis en el fondo de los oídos. ¿Acaso no podían cenar los vecinos en su casa? ¿Es que no podían invitar a los amigos? Luis aguzó el oído en espera de la respuesta de la vieja. Pero la voz de la

vieja debió ser muy baja. En su lugar, Nolasco escuchó los cansinos y pesados pasos de la anciana, acompañados por los de Angelines, cada vez más cercanos. Luego, ya en el rellano, Angelines daba las gracias, y cerraba la puerta. En seguida, los pasos apresurados de ésta hacia abajo, mientras el camionero la reclamaba desde el portal con voz de bajo, haciéndola notar lo avanzado de la hora.

Luis no estaba escuchando el *«Canon y Giga en Re Mayor»* de Pachelbel. Lo advirtió con fastidio. Se aproximó al tocadiscos, y con un nervioso golpe a un mando automático, y otro más violento aún, volvió a colocar la aguja sobre el principio del disco. Involuntariamente prestó más oído al piso de al lado que a los violines y al bajo de la Filarmónica de Berlín. Pero no. Esta vez no iban a molestarle. Seguramente hoy Paquito estaba ya dormido. Era lógico. Tenía menos de año y medio. Eran horas de que estuviera dormido. Sin embargo, un par de minutos después, Nolasco oyó nítidamente el llanto del niño. Pero al menos, en esta ocasión, el llanto era suave, manso, monocorde, sin cambios de volumen, monorrítmico, como resignado. O quizá fueran los gatitos. Muy posiblemente. Pero, pensándolo mejor, aunque él no entendía del mayar de las crías de gato (nunca antes había estado cerca de unas), no le parecía que fueran los gatitos blancos. Sospechaba que el niño lloraba por inercia, sin convicción, cansado. No obstante, levantando un poco, con mesura, el volumen del disco de la Filarmónica de Berlín, comprobó el frustrado escritor que podría disfrutar perfectamente de su reciente compra sin estorbos. Y Pachelbel serenaba, contagiaba una gran sensación de calma, de tranquilidad, de paz.

Aunque, al final de la partitura, el llanto manso y resignado llegó de nuevo a los finos oídos de Nolasco González.

La joven de abajo le visitó. Estaba más lívida que nunca. El proceso de su anemia debía ir a peor. Pero, pese al aire enfermizo, era una cara agradable, de ex-

presión suave. Parecía sufrir de su mal con resignación. La voz era también delicada, leve, tenue.

—Oigame, don Luis —le dijo—. Tenga usted cuidado de ese niño.

—¿Yo? ¿Por qué yo? ¿Qué le sucede? No es culpa mía precisamente que le dé por llorar, en vez de conciliar el sueño.

Luis preferiría atender al cuidado de aquella pobre joven, que indudablemente necesitaba con urgencia mayores protecciones que el sueño de un bebé. Ella sí estaba totalmente desamparada. Lo había estado durante todos aquellos meses. Y Luis se inclinó hacia ella para revelarle su opinión.

Entonces despertó. Se irguió bruscamente con un escalofrío, y abrió los ojos en medio de la oscuridad. Ahora el silencio efectivamente era alterado sólo por casi imperceptibles, amortiguados maullidos de gatitos. Luis dio a tientas con el interruptor de la lamparilla de su mesilla de noche y encendió la luz. Afinó el oído. El silencio era absoluto. Los maullidos que había creído oír un segundo antes eran producto de su obsesión. Miró en torno, buscando los objetos que le eran familiares, que le conectaban con la realidad diaria. A la derecha, junto a la cama, la antología de Poesía Española sobre la silla. A los pies de la cama, la otra silla con su ropa recogida, bien doblada. Frente a él, la repisa con el grupo de los Tres Monos del lema «*No mires, no digas, no escuches mal alguno*» en hierro, de pequeño tamaño, y más arriba, la estampa enmarcada del retrato de Chopin por Delacroix. Y a la izquierda, el armario de madera, algo inclinado hacia afuera por efecto del tiempo, y finalmente la ventana de contraventanas. La respiración de Nolasco González se regularizó. Pensó en la conveniencia de ir a servirse un vaso de agua del frigorífico, pero la desechó. Era el mes de febrero y la vieja casa era fría. Unicamente se calentaba por las estufas bien distribuidas que había llevado el escritor. Este recordó el aviso, mejor dicho, el sueño de la joven de abajo, la chica delgada y enferma. Quizás hubiera

estado siempre enamorado de ella, sin caer en la cuenta nunca, hasta su desaparición. Pero, ¿por qué mezclar en un sueño amoroso al niño de año y medio del camionero y su mujer?

Nolasco, sentado con los riñones en la almohada, hizo un esfuerzo por recordar. La chica anémica le había pedido que protegiera a un niño. ¿Y por qué se iba a haber referido al de al lado? Nolasco apagó la luz y se tendió. No quería sentir que estaba alerta. No había ningún motivo para estar alerta. Sólo había sido víctima de una pesadilla. Y seguía inquieto por efecto del mal sueño. ¿Pero por qué había sido un mal sueño? Unicamente había evocado a aquella frágil joven, que probablemente se habría recobrado de su anemia, y viviría ahora feliz, junto a su marido, en un barrio más acomodado. Pero Nolasco tardó en dormir, a fin de cuentas.

Cuando sonó el despertador, los gatitos blancos estaban mayando tenuemente. Al salir a la calle, Nolasco creyó sentir una mirada risueña y burlona de la vieja, tras la reja de su ventana exterior. Volteó la cara en la acera hacia ella. Pese al fondo oscuro del interior, Nolasco tuvo la seguridad de que la vieja se ocultó con un movimiento veloz. El alzó los hombros, y continuó su camino hacia el «metro». Era una tontería, pero le parecía que la verruga se había extendido, cubriendo toda la frente de Bibiana. No había habido ninguna malignidad en la actitud de la anciana. Nolasco sospechó que la pobre vieja sentía vergüenza de su propia (repugnante) presencia. En su calle y en las inmediatas era conocida. Pero la vieja había debido sufrir no pocos abusos y humillaciones, fuera de aquel refugio. Ni el tráfico ni los peatones tendrían con ella miramientos. La habrían tachado de bruja muchos niños insensatos.

Tres días más tarde, Nolasco volvía distraído, feliz, a su hogar. Al fin su compañero le había devuelto los auriculares recompuestos. En el portal le detuvo el

saludo de Angelines, que le preguntaba sobre la utilidad del aparato que él había sacado en ese momento de una bolsa. Angelines llevaba a Paquito en brazos. Este estaba muy desmejorado. Habría estado enfermo. Su mirada triste estaba fija en la del escritor. A Luis Nolasco le parecía una mirada angustiada, impropia de un niño de su corta edad. Angelines le pidió a Paquito que diera un beso al vecino. El niño giró la cabeza a uno y otro lado. Y su madre se explayó entonces sobre su timidez y su carácter poco dócil. Le pidió, le ordenó repetidamente que dijera la palabra *Luis*. Era una palabra fácil. El niño clavó en Nolasco una mirada, que a éste se le antojó desesperada, y emitió unos sonidos incomprensibles. Daba la impresión de querer hacerse entender a toda costa, como si le fuera en ello la vida. Daba la sensación de que el niño se sentía dolorosamente impotente. Irremediablemente fuera de las habilidades y los códigos de comunicación de los mayores. Procedente de la puerta de la vieja, llegó una tos cascada. A Nolasco le pareció jocosa, provocativa, insolente. Al oírse aquella tos, Paquito reaccionó instantáneamente, agitándose muy nervioso, y agarrándose con todas sus fuerzas a los hombros de su mamá.

Durante dos semanas, Nolasco disfrutó de nuevo de su tesoro de clásicos: las Sinfonías de Beethoven, los conciertos para piano y la «Obertura Trágica» de Brahms, algunos conciertos para órgano de Haendel, las sonatas de Chopín, «Las Estaciones» de Haydn, «Las Cuatro Estaciones» de Vivaldi. Había gastado casi medio millón de ahorros en su equipo pero, gracias a ello, vivía en la Gloria de seis a siete horas diarias.

Aquella noche, Nolasco había escuchado placenteramente la Sinfonía número 6, la «Pastoral». Se desprendió de los auriculares, dejándolos junto a uno de los *baffles* de su equipo. Simultáneamente oyó el llanto del niño de al lado y el mayar de los gatitos. Los lloros se convertían en gritos. Nolasco no pudo más. Salió de su casa, cruzó el descansillo, y llamó a

la puerta vecina. Los gritos infantiles y los maullidos habían cesado, cuando se abrió, rechinando sobre sus goznes, la puerta. Asomó la cara de la anciana, la frente comida por aquella mancha de un violáceo oscuro, los labios esbozando una sonrisa.

—Pero... Pero, ¿qué sucede? ¿Qué le pasa al niño?

La vieja miró hacia atrás, de soslayo.

—Ya nada. Nada. Ahora duerme.

—Ha hecho un escándalo espantoso —Nolasco alzaba el cuello, para atisbar el interior por encima del hombro de la vieja—. Déjeme ver si...

—No, no. Le despertaría. Ahora está tranquilo, duerme.

Nolasco optó por regresar a su vivienda, descontento.

Abrió el cajón de las medicinas. Sacó dos grajeas de un barbitúrico, aunque se resistía a recurrir a ellas salvo en casos muy excepcionales. Fue a por un vaso de agua. Y entonces escuchó nítidamente un gemido. Se detuvo con el vaso a la altura de los labios. Otro gemido.

Corrió hasta la puerta de los vecinos. Llamó de nuevo, ahora con una energía en él desconocida. Pero nadie le abrió. A los gemidos y maullidos, se unía un extraño zumbido, como el vuelo de las alas de un ventilador de techo. Nolasco volvió a llamar, imperiosamente. Los chillidos del niño se hicieron espeluznantes. Pero nadie respondía a las llamadas.

Nolasco volvió a su casa y buscó algo apropiado para forzar la puerta. Pero carecía de todo tipo de utensilios. Se decidió por unas largas tijeras de cortar papel que usaba para seleccionar expedientes, y que había llevado a su casa desde el Ministerio.

Clavó las tijeras una y otra vez en los cerrojos, espantado por los gritos de la criatura y el extraño zumbido. A la vez, descargaba todo su peso sobre la puerta a empellones. Esta al fin cedió.

Nolasco cruzó la pequeña entrada. Y descubrió un pavoroso espectáculo. Los gatitos mayaban, arrinconados en el fondo de la habitación, mientras un mur-

ciélago sobrevolaba y atacaba al niño en una cuna alta, que se defendía desesperadamente a manotazos. Nolasco estuvo a punto de sufrir un infarto. No había ningún indicio de la vieja, que se había ausentado temerariamente. Confuso pero decidido, el escritor de cuarta categoría se abalanzó sobre el murciélago, esgrimiendo sus tijeras. El animal abandonó su presa y se volvió, aleteando hacia él. Nolasco se fijó en los colmillos que sobresalían de la pequeña ranura espumajosa.

El murciélago abatió sus alas sobre Nolasco. La pequeña cabeza buscaba la garganta del melómano. Paquito aullaba con ojos febriles, desesperado, y los gatitos parecían querer huir a través del zócalo.

El llanto del niño, su rostro demacrado, sus ojos húmedos, desmesuradamente abiertos, no pudieron llamar la atención de sus padres cuando irrumpieron media hora más tarde en la habitación. Ambos estaban paralizados, absortos. Contemplaban, detenidos por la mayor confusión, los cadáveres abrazados del vecino de al lado, con el rostro y el cuello tumefactos y destrozados por extraños desgarrones, y la vieja cheposa, con unas largas tijeras clavadas en el corazón. Y junto a ellos, los gatitos blancos lamían el contorno resbaladizo de la gran mancha de sangre tibia sobre el suelo.

Ni el camionero ni Angelines podían dar crédito a sus ojos. Pero en algún lugar, una bella joven anémica tenía un héroe y vengador muy diferente al de todas las convenciones literarias.



Misteriosa desaparición de Gualterio Domínguez Mayacoa





Misteriosa desaparición de Gualterio Domínguez Mayacoa.

Gonzalo Sebastián de Erice

«Al principio eran tan sólo desapariciones hogareñas, dentro de casa, mudándose misteriosamente de un lugar para el otro. Pero luego, más adelante, también desaparecía en la ciudad...»



UANDO quisimos darnos cuenta, una vez más, como de costumbre, Gualterio Domínguez Mayacoa, había desaparecido sin dejar el menor rastro. Pero esta vez ya no se trataba de una desaparición momentánea y fugaz como las anteriores, que le habían llevado a dejarnos sin noticias durante meses. Ahora, cuando Laurita, su paciente mujer, llamó por teléfono, supe que la ausencia se había prolongado durante siete años largos, camino de ocho. Y como ella decía, dentro de la tranquilidad, había motivos suficientes como para empezar a preocuparse.

Abandoné la redacción del periódico con ánimo de investigar esta historia en apariencia rara, y mis primeras averiguaciones se dirigieron hacia la vieja casa de sus padres, perdida en las afueras, allí donde los cañaverales empezaban a crecer y las ranas croaban en las charcas.

En la calurosa tarde tropical, un cuerpo amodorrado se bamboleaba sin vehemencias en la hamaca del pórtico. Los perros se acercaron ladrando pero al no hacerles demasiado caso me dejaron pasar.

—¿Qué se le ofrece, joven? —me dijo una vieja voz procedente de la hamaca en lento movimiento.

Deduje un abanico en la gran sombra, que ocultaba el rostro de la anciana.

—Usted, si no me equivoco, es la madre de Gualterio, ¿no es cierto?

—Por muchos años y cómo no. Ya le dije que qué se le ofrece.

La plantación cercana de tabaco enviaba sus aromas de fuerte olor tan tóxico que los recogedores de la hoja sólo podían realizar su trabajo hasta el amanecer.

—Aquí se puede marear, señora. Le llegan con el viento las bocanadas de la plantación.

—Si no me pasó nada en cincuenta años no creo que sea esta siesta precisamente la que me vaya a intoxicar. Pero no me dijo qué se le ofrece.

—Pues verá. Se trata de su hijo.

—De cuál de ellos. Una ya parió tanto que ni se sabe.

—Me refiero a Gualterio Domínguez Mayacoa.

—Claro que sí. Debía figurármelo. Usted me preguntó no más aproximarse si era una servidora la madre de Gualtero.

—Creí que se decía Gualterio. Siempre lo llamé así.

—Gualtero. Gualterio. Llámelo como quiera. Una joyita ese hijo en todo caso.

—Por un casual no se encontrará por aquí viviendo con usted.

—Para eso tiene a su mujercita.

—Es que lleva cierto tiempo sin aparecer por casa y yo me dije que seguramente usted podría darme cierto tipo de información.

—Pues usted me dirá cuál es el tipo.

—Verá. Se trató siempre de un hombre original y yo soy periodista.

—¿Y eso a qué viene?

—Me gustaría saber... que me hable de su infancia.

Como fue su pequeño de pequeñín. Cosas informativas si no le causa grandemente molestia.

—Pues con esta calor claro que me la causa, pero si no me queda otro remedio, todo sea por la información.

—No sabe cómo se lo agradezco, señora.

—El caso es que mi memoria falla, y la peste a tabaco en tales días como hoy, en que la brisa sopla de la siembra, me borra la memoria. Pero creo recordar que ya de chiquitín se me iba por los campos, y pasaba sus noches y sus días perdido en la manigua. A otro niño cualquiera de edad muy similar le hubieran atacado los chacales, o quien sabe si un zopilote hambriento le habría vaciado en un descuido alguno de sus ojos. Pero a él, que era muy suyo, nunca le sucedieron desgracias recordables. Incluso puedo asegurar que sus juegos preferidos siempre le fueron enroscándose a la cintura los culebrones.

—¿Y de su paradero en el presente qué me podría decir?

—No sabría contestarle. Siempre estuvo perdido. Era un niño muy raro que a la hora de buscarlo nunca resultó fácil dar con él. Tenía, verá usted, una predisposición extraña a perderse constantemente. Cosa curiosa, sí, ahora que lo pienso.

—Pero no me dijo dónde lo podría encontrar ahorita mismo.

—No es fácil responderle. Usted cree que le engaño, pero no es cierto que yo lo oculte aquí. Uno de los últimos lugares a los que Gualtero vendría a refugiarse, sería a la casa de su mamá. No es que él no me quiera. No es eso. Puede llegar a ser muy afectuoso cuando se lo propone. Pero como hombre casado nunca quiso acudir como refugio a su hogar familiar. Yo que usted le buscaría por otros lugares. Siempre fue muy faldero. De no hallarlo con su mujercita mírele por las demás. Ahí sí que me lo encuentra de seguro.

—No sabe cómo le agradezco, señora, tan minuciosa información.

—Pues ya sabe dónde me tiene. Y si la calor le aprieta, pásese al interior, y ya le verá tras la cortina la jarra del brevaje, por si quiere aliviarse de la sed.

No era cosa de detenerme en pérdidas de tiempo, así que la saludé nuevamente y me di la vuelta escoltado una vez más por los perros.

La casa de las afueras en pleno sol quedó atrás cobijada en los vahos apremiantes de los tabacales y dirigí mis pasos hacia la casa grande de las chicas, que no andaba muy lejos.

No eran horas de juerga con el sol en lo alto muy fuerte todavía, así que cuando llamé a la puerta de chapas metálicas, me extrañó que en seguida me la abrieran.

—¿Qué se le ofrece al reporter? No me diga que viene a aprovecharse de la baja de precios en las horas tempranas.

—Por favor, doña Aurora, no me confunda.

—Ya me diré a lo que aquí se viene.

—Precisamente mi caso es otro.

—No sabía...

—Sí. Ya verá. Usted seguro que conoce al sujeto llamado Gualterio Domínguez Mayacoa, el que fue capataz de la Hondonada.

—Y cómo no.

—Pues a eso le venía.

—Pase, pero me temo que yo no sepa nada.

Un tropel de muchachas a la sombra del barracón entretenían la tarde cosiendo sus haberes, repasando las blusas de la guerra, poniendo sus trapitos en el punto mejor para el buen ver.

—¿Gualterio, me decía, no es verdad?

—Sí, señora. Se trata de Gualterio Domínguez Mayacoa.

—Aquí lo recordamos de hace tiempo, pero luego faltó.

—No me digas que buscas a Gualterio —indagó una muchacha dejando abandonada la costura—. Yo lo busco también.

—Ya vi que le ayudé —añadió doña Aurora—.

Ahora le dejo en manos de Agustina que si a ella le apetece sabe resultar pero que muy servicial...

—No sabe cómo se lo agradezco, doña Aurora.

—Pues hable, hable con ella.

—Es que me gustaría hacerlo a solas.

—No se diga más. Aquí le doy la llave de la dieciséis, que es la más amplia, y se sube con ella a platicar. Mira, Graciella, amor, este señor es réporter y quiere interrogarte.

—Usted dijo dejarme en manos de Agustina.

—Es que el nombre de guerra es Gracielita. Vete arriba con él.

La muchacha arregló con prisa en un canasto sus enseres y me invitó a seguirla.

Una vez atravesados pasillos y escaleras abrió la puerta de la dieciséis.

—¿Lo dijo en serio, o es una estratagema para venir de gratis?

—No, no. Soy muy formal. Quiero que digas todo lo que sepas sobre Gualterio ya que le ando buscando.

—Pues hará siete años más o menos que se presentó aquí una noche terrible de temporal. Los caminos estaban anegados por la tromba y estábamos a solas, sin clientela. Nada más observarme debí de caerle en gracia. Yo entonces era guapa y no como me ve.

—Eres muy guapa, niña.

—No es preciso que me haga cumplidos con tal de que le informe. Le decía que apareció y muy pronto nos gustamos. Tanto es así que desde aquella noche ya no se quiso nunca separar de mi lado. Bueno, ya sabe que con Gualterio, nunca es una palabra relativa.

—O sea que su pista pasa por aquí. No sabes como me alegro de la noticia. Algo es algo.

—Le va a servir de muy poco. Porque estuvimos juntos cerquita de dos años pero hace cinco, de pronto, un día...

—Desapareció.

—Exactamente. Y sin dejar ni rastro. No le digo no más que los dos niños míos son de él, y cuando me preguntan las criaturitas por el papá, qué quiere que les diga, se me inundan los ojos de lágrimas, y lloro.

Agustina, que utilizaba como nombre de guerra el más sofisticado de Graciella, ahora se había arrojado sobre mis brazos y lloraba desconsoladamente.

—No te preocupes, mujer. Para eso estoy yo aquí. Ya verás como entre todos lo encontramos.

—No es que yo quiera coartarle su libertad, usted me comprende. Si a él le apetece vivir su vida por otra parte yo no soy quién para impedírselo. Lo único que me gustaría es poder contestarle a mis chiquillos cuando ellos empiezan a preguntar.

—Pero vamos a ver. De alguna forma tú sabrás su paradero.

—No lo crea.

—En sus costumbres, en sus dichos, en la conversación, tiene que existir algún dato concreto que permita iniciar una pesquisa.

—Era tan reservado.

—A qué se dedicaba últimamente cuando vivía contigo...

—No quería trabajar. Meditaba tumbado en nuestra cama, todo el día.

—Habría que saber en qué dirección se dirigía su meditación.

—Estaba obsesionado por la muerte.

—Ves, ves. Ya me vas dando datos que pueden ser fundamentales.

—Decía que la muerte era su amiga. Que la conocía tanto que a por él no habría de venir.

—O sea que Gualterio pretendía, en la última etapa de su vida de la que tenemos referencias, pretendía ser inmortal.

—Eso lo dice usted. Yo sólo digo que él insistía en que la muerte era su amiga.

—Y dime, Agustina, en el tiempo en que vivió

—Sí, señor. Poco antes de desaparecer definitivamente, hubo un suceso que le afectó grandemente. Y este fue la muerte de su padre.

—No sabía que por aquellas fechas su padre muriese, pero claro, unos cinco años hace ya que se nos fue el señor Baltasar. Cómo pasa el tiempo...

—Pues Gualtero desapareció noches enteras, en las que yo creía que se iba por ahí a divertir, pero no. A lo que se iba, era al cementerio, a estarse horas y horas meditando, según luego supe, sentado junto a la tumba de su padre. Ya le digo que para él la muerte era una cosa mala. Una estupidez, según decía, que el hombre cuanto antes debe, cueste lo que cueste, conseguir eliminar.

—Conseguir eliminar...

—Exactamente, ahora que lo recuerdo, esas eran sus palabras. Su grito preferido, cuando se emborrachaba, consistía en repetir hasta la saciedad para quien quisiera escucharle: ¡Muera la muerte! Y le juro que en esos momentos no resultaba nada fácil compartir la vida con él.

—Así que noches enteras junto a la tumba de su padre meditando... Pues ya no la molesto a usted más. Le agradezco muchísimo todo lo que me ha informado.

—¿Ya se va? No sabe cómo soy yo la que le agradezco el que me haya hecho recordar con tanta intensidad a Gualtero. Era un hombre único. Me ha hecho muy desgraciada pero también me hizo muy feliz. Usted me ha recordado toda esa felicidad y yo se lo agradezco. Mire. La señora no sabe lo que hacemos aquí, y tanto da si tardamos un poquito más en aparecer por abajo. Yo no tengo nada que ofrecerle a cambio de este buen rato que me ha hecho pasar, así que, si a usted no le ofende, yo me sentiría muy complacida en corresponderle en ese placer, a mi modesto modo, ahora que ya no soy tan guapa.

—Pero mujer, si es usted muy guapa...

—Los amigos de Gualtero son mis amigos.

Cuando aporrearon a la puerta ya era de noche.

—¿Qué tal va esa información?

Al poco rato me despedí de Agustina-Graciella y en la puerta, con los brazos en jarras, aguardaba doña Aurora..

—No sabe cómo le agradezco, señora, el que me haya permitido averiguar cuanto necesitaba saber.

—Pues aquí nos tiene para lo que guste, y a mandar. Hay que estar siempre a bien con los chicos de la prensa.

Era ya noche cerrada pero las estrellas iluminaban la calurosa y húmeda negrura tropical. Un sin fin de reptiles y batracios adornaban de sones variopintos el entorno ahora hostil.

Sólo me quedaba la obligación de dirigirme hacia el cementerio para tomar asiento en el mismo lugar en el que tantas noches había estado Gualterio meditando junto a la tumba de su padre. Don Baltasar Domínguez Carratraca, padre de Gualterio Domínguez Mayacoa, fue un personaje célebre en el mundo de los cosechadores del tabacal. Y yo estuve en su entierro cubriendo la información de tan desafortunada pérdida para toda nuestra sociedad, de modo que no me fue difícil dar con su tumba, a pesar de la negrura de la noche.

Intenté sentarme en alguna tumba cercana, imitando el comportamiento que según la deliciosa Graciella-Agustinita había adoptado durante noches enteras el desaparecido Gualterio, y mi primera observación fue clara y contundente. Allí no se podía haber sentado nadie a meditar por la sencilla razón de que si no se sentaba uno en el suelo no había lugar alguno para sentarse. Se trataban de nichos adosados a la pared y el pasillo central, sin un sólo punto de posible asiento, venía a demostrar que una vez más era muy posible que Gualterio le hubiera engañado a la gentil Agustina-Graciella, o que el pretexto de venir a meditar junto a su padre no fuera sino una burda nueva treta para improvisar desapariciones sucesivas.

Iba ya a marcharme cuando observé que la lápida

de don Baltasar no guardaba similitud con las cercanas. Había en los contornos unas pequeñas hendiduras que llamaron mi atención al examinarla de más cerca. Encendí mi mechero y pude comprobar que las sospechas de lo entrevisto a la escasa luz de las estrellas ahora se acentuaba. Palpé el frío mármol y ante mi sorpresa no estaba nada frío.

Era una noche calurosa y el cielo enfurruñado anunció con la llegada de rachas de un viento huracanado la posibilidad de una tormenta inmediata. Pronóstico que no tardaron en corroborar los primeros rayos en la distancia, seguidos de unos truenos soberbios, remolones y sólidos, aún fraguándose lejos.

Mi mano volvió a rozar el mármol, y aplicando la otra mano en la ranura, sin dificultad, y ante mi asombro, la lápida cedió, girando como lo haría la puerta del torno del convento de las Clarisas.

No era mi intención encontrarme en aquella hora con los restos de don Baltasar, pero ante mi asombro, la coincidencia de un rayo imprevisto y espeluznante, me hizo vislumbrar el contenido del nicho.

Un estrépito aterrador del muy cercano trueno hizo coincidir mi asombro de lo entrevisto, con la llegada de las primeras gotas de la lluvia que en seguida se convirtieron en caudaloso aguacero.

Quise guarecerme de la tempestad por un instinto innato de conservación, pero no pude alejarme de allí. Era cierto lo que yo había visto. En la tumba de don Baltasar no estaba don Baltasar. Pero la tumba no estaba vacía. Colocados en rimeros ordenados se encontraban allí una serie de cosas que en un principio me parecieron libros, o algo similar.

Los rayos sucesivos me permitieron volver a contemplar el interior, y ahora tuve la certeza de que se trataba de legajos manuscritos. Por su colocación en el interior de la tumba los había de distintas épocas, y alcanzando el más próximo, lo tomé entre mis manos, y pude leer, en el visto y no visto de un nuevo fogonazo celestial, el titular de la primera página en el

que a grandes mayúsculas apresuradas podía leerse: LA MUERTE NO EXISTE.

No quise ver más. Dejé todo en su sitio, tal y como lo encontré, y cerré nuevamente la losa de un mármol que ahora comprobé que se trataba de burda imitación pintada sobre otro material, seguramente madera. La tempestad arreciaba de firme y salí corriendo del cementerio cayendo en varias ocasiones en las charcas improvisadas por la feroz tormenta.

Quería olvidarme para siempre de Gualterio y sus desapariciones no fuera a ser que los elementos conjurados contra mi persona fueran a mí a quien hicieran perderse para siempre en la torrentera alborotada de alguna de aquellas avenidas ahora rugientes por los barrancos del páramo limítrofe con la manigua selvática y tropical.

Creí haberme perdido y en la tormenta di con una luz distante. Estaba en las afueras de la ciudad pero no sabía dónde. No era cosa de ahogarme entre tanto diluvio y decidí solicitar cobijo en aquella evidencia de existencias humanas.

Salieron unos perros a mi encuentro y al poco de aporrear la puerta en petición de auxilio una voz aguardentosa y conocida desde el interior me dijo:

—¡Aguárdese paisano, que ya voy!

Se dejó de escuchar un guitarrón antiguo y unos pasos crujiendo en las tarimas precedieron al chirrido de los fierros abriéndose.

—¡Usted aquí otra vez!

Yo nada comprendía, pero en el gran contraluz de aquella alborotada cabeza despeinada de una mujer anciana pude reconocer al poco rato a la mamá, ya entrevistada antes, en la tarde, en la siesta, tras el gran abanico, mecida lentamente en la hamaca del porche.

—Ah, vaya, es la mamá de Gualterio. Menuda nochecita. Iba para mi casa y quisiera cobijo mientras escampa el temporal.

—Pase, y si no le importa yo voy a continuar con mi concierto.

La vieja no me había dado la menor cuerda y no importándola nada mi presencia se fue hacia el guitarrón. Tras darle una chupada al puro improvisado de las hojas cercanas del tabaco en el gran secadero, entonó una canción que me puso aún más los pelos estrellados.

Todos, todos, se van.
Muy sola me dejaron
Mi marido murió
Mis hijos me olvidaron.
Pero aquí sigo yo.

No la importaba nada que la escuchase o no. Cantaba para ella y eso era suficiente. La quise preguntar si guardaba algún escrito de su hijo, pero no me hizo falta. Encima de un armario aparador había un legajo similar a los que acababa de ver en la tumba de don Baltasar, y tomándolo tuve en mis manos un ejemplar de idéntica escritura a la contemplada previamente en el interior del nicho. Esta vez podía leerse: «Meditaciones sobre la posible desaparición de la muerte», de las que es su autor y meditador Gualterio Domínguez Mayacoa. Estaba claro. Aquel escrito, seguramente antiguo y anterior a los que acababa yo de encontrar, pertenecía a la época en la que Gualterio aún vivía en la casa de su madre.

No me hacía falta saber más. Salí de allí dejando a la abuela entre sus canciones. Gualterio estaba depositando en el cementerio, en el seguro refugio de la tumba de su padre, sus últimas averiguaciones, que nadie debería de leer. Era necesario que corriera de nuevo al cementerio y disponía de toda la noche para estudiar con minuciosidad aquellos abundantes textos.

Me fui decidido hacia la tumba, pero allí me aguardaba una nueva sorpresa. La lápida de falso mármol ahora se encontraba abierta. Y yo estaba completamente seguro de que la había dejado cerrada. Y dentro de la tumba, en el hueco del nicho, no había

ahora absolutamente nada. Estaba completamente vacía. Había llegado tarde. Gualterio debía de haberme observado llegar y había decidido que su secreto continuara en el anonimato.

En el suelo, sobre el barro, quedaban unas visibles huellas de unas rodadas recientes, y pasos evidentes de persona. Era mi única posibilidad. Seguí las huellas de aquellas rodadas. Una rueda única de algún desconocido artefacto que Gualterio debería a su vez de haber inventado en sus cavilaciones.

Eché a correr tras de las huellas que conducían hacia un cercano promontorio y estuve varias veces a punto de perder la pista pero al final mi tesonero afán daba nuevamente con la misteriosa rodada única.

El camino seguía subiendo, y al llegar a la meseta en donde se iniciaba el páramo, pude contemplar algo sorprendente. Unos doscientos metros por delante de mí, entre el fragor de los rayos distantes, se entrecortaba la silueta de un hombre llevando una carretilla. Corrí hasta acercarme más. Era evidentemente Gualterio transportando sus escritos secretos hacia otro lado. Pero junto a él, cansino, y muy despacio, iba otro hombre al que yo conocía. No tardé en comprobar algo increíble. Aquel hombre era don Baltasar, el padre de Gualterio, fallecido cinco años antes.

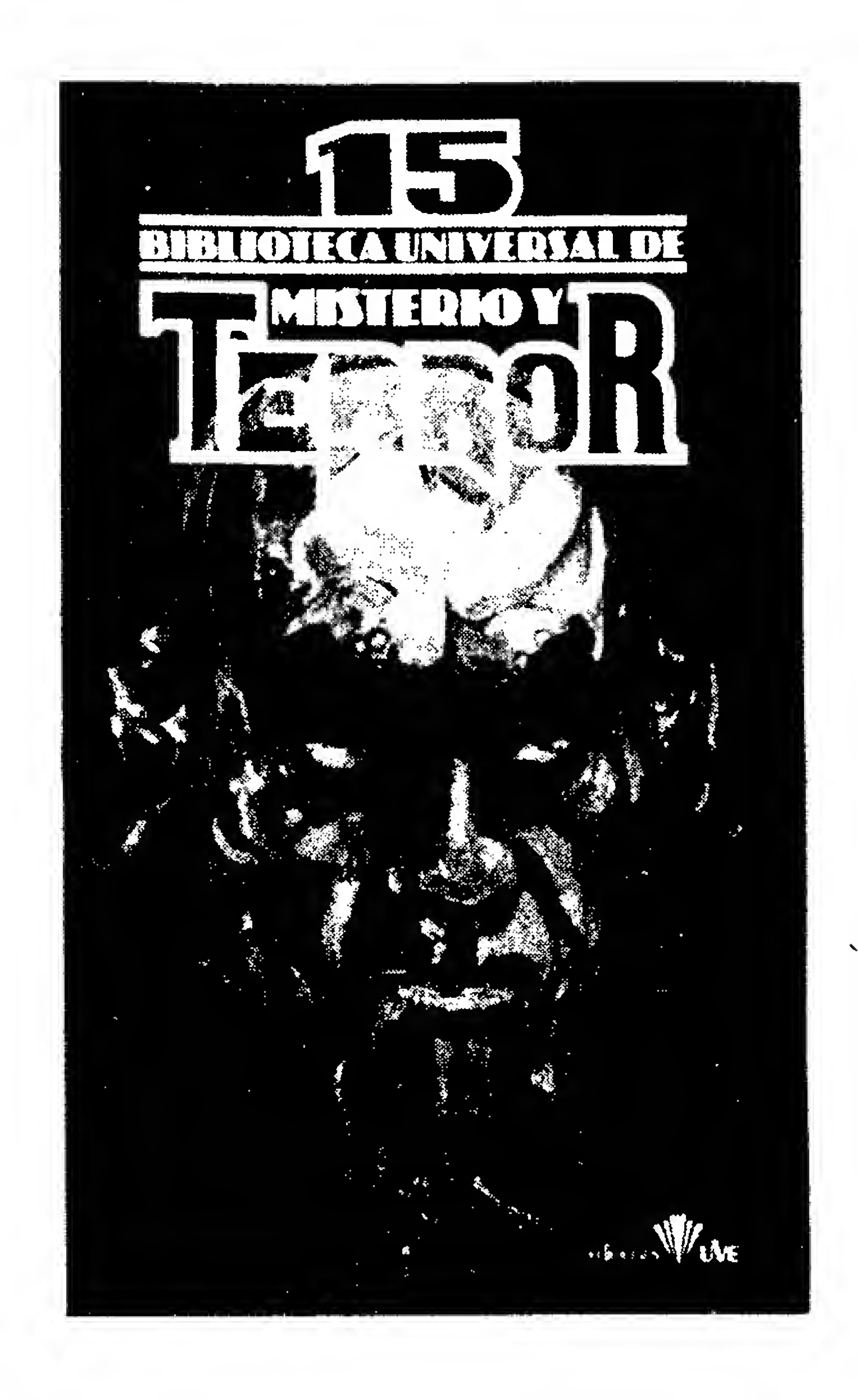
Tuve miedo. No sabía si correr hasta abordarles, aunque era mejor que los siguiera hasta descubrir su refugio.

En esto se detuvieron ante una mole metálica. Subieron una rampa, y tras cerrarse una puerta a su vez metálica, desaparecieron. Entonces se oyó un ruido de motores, y, ante mi asombro, aquella mole metálica empezó a elevarse hasta desaparecer completamente en el cielo sin dejar ni rastro.

Solamente entonces tuve conciencia clara de que Gualterio, su padre don Baltasar, y todos sus interesantes secretos, habían desaparecido para siempre.



PROXIMA APARICION



EL INGENIO CON RUEDAS

EL ATENTADO

EL SONIDO DEL PANICO

OJOS DE MANIQUI

ESCULPIDO A NAVAJA

SOMBRAS EN LA CATEDRAL

LAZARO VERSUS LAZARO

EL GUARDIAN DEL LABERINTO



EMISION DE MADRUGADA

LA CASA DE LA VIEJA HIGUERA

LA PROTEGIDA DE ZIYAGH

LA PUERTA ABIERTA

VIOLETAS SOBRE MI TUMBA

EL LLANTO DEL NIÑO DE AL LADO

MISTERIOSA DESAPARICION DE GUALTERIO DOMINGUEZ MAYACOA